

EDICIONES BISTAGNE

1 pta

KAY
FRANCIS
NILS
ASTHER



TEMPESTAD
AL AMANECER

TEMPESTAD AL AMANECER

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - BARCELONA

Tempestad al amanecer

Sensacional producción, de un dramatismo inenarrable.

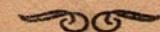
El deber, el amor y la amistad en pugna terrible

Dirigida por

RICHARD BOLESLAVSKY

Es un film de la famosa marca

METRO - GOLDWYN - MAYER



Distribuido por

METRO - GOLDWYN - MAYER

IBÉRICA, S. A.

Mallorca, 201

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Tempestad al amanecer

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Reparto

Irina. *Kay Francis*
Geza. *Nils Asther*
Dushan. *Walter Huston*
etc.

I

SARAJEVO

El 28 de junio de 1914, en la ciudad de Sarajevo todo era animación y bullicio de gente forastera.

Todas las calles hallábanse repletas de muchedumbre que no se expresaba en la misma lengua y que no participaba de los mismos ideales.

Aquella población podía muy bien considerarse como la sede del

eterno odio irreconciliable entre húngaros y servios, que a veces llegaba a exaltaciones prometedoras de conflictos que sólo con las armas se podrían solucionar.

Eran frecuentísimos los incidentes entre extremistas y patriotas de las dos nacionalidades y nunca dejaba de estar en tensión la actitud rencorosa de unos y de otros.

Las autoridades húngaras mante-

níanse allí de un modo meramente oficial, pero con la aversión de gran parte de los moradores.

Por eso en un día como aquel, en que todo anunciable una gran solemnidad y en que la afluencia de la gente era desusada, las fuerzas públicas patrullaban en mayor número que de ordinario, y varios destacamentos de caballería montaban la guardia en los lugares más estratégicos.

Esperábase la llegada del Archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de Austria, acompañado de su esposa.

¿Era un rasgo de audacia, conociendo el estado de los ánimos? ¿Era un viaje oficial ineludible?

Los guardias de orden público, soldados de a pie y oficiales de dragones encargados de la vigilancia, sólo sabían que el Archiduque iba a llegar y que si llegaba el caso de que se alterase en algún sitio la tranquilidad, se haría necesaria su actuación.

El pueblo tampoco conocía concretamente los motivos del viaje, pero en lo tocante a los servicios, se trataba de recibir la visita del símbolo, de la persona representativa

de quienes ellos llamaban sus oprimidos.

Los rostros ofrecían la más variada gama de la expresión.

Unos, indiferentes, contentos sólo de ver la ciudad tan animada. Otros, algo preocupados. Algunos, que acusaban de un modo neto el perfil servio, torvos, contraídos en odio irreductible.

En la terraza de uno de los establecimientos, en la plaza central, Radovic, excelente hombre hacedor de la región, sin dársele un ardite las preocupaciones ni la hostilidad del ambiente, bebía bromeo con varios amigos.

Vestía con cierto desaliño, poco preocupado de su aspecto.

Sus rasgos no tenían gran perfección, ni era muy atusado su bigote ralo y rebelde, pero sus miembros, aunque enjutos, denotaban gran fortaleza y su gesto era incitante a la camaradería y a la amistad.

Cuando se encontraba en plena euforia, invitando a sus amistades, divisó a la más cara y más entrañable de todas: el capitán de dragones Geza Petery.

Este, atento al servicio que se le había encomendado, aguantaba el

sol sobre su cabalgadura y ya comenzaba a aburrirle la fiesta.

Dushan Radovic le llamó a grandes voces, y al volverse, Petery pudo ver a su antiguo amigo, a quien quería de todo corazón.

Oprimió los ijares del caballo y lo puso al trote, dispersando a los viandantes, hacia donde encontraba Dushan.

—Ah, mi gran Geza!—exclamó Dushan radiante de alegría, al tenerlo a su alcance—. ¿Se puede saber dónde te metes y qué haces ahí con tanta seriedad?

Petary estrechó con fuerza la mano de Radovic.

—Es la providencia quien ha hecho que nos encontremos hoy. Aquí me tienes, de servicio, por si es necesario meter en cintura a estos servios... Ya sé que tú eres servio, pero tú no eres como los otros. Tú no eres más que el bribón de mi amigo Dushan. Cuéntame en dos palabras cómo te va por tus lares.

—Chico—comentó Radovic con jovialidad—. Tengo la mujer más hermosa de estos contornos. Quiero que la conozcas. Tengo la evidencia de que te va a gustar. Te espero pronto allí, ¿eh?

—En cuanto me deje libre el ser-

vicio—prometió Petery, alejándose ya a buen paso de su caballo.

La amistad de Radovic y el capitán era ya añeja y bien cementada. Una de esas amistades firmes, que sólo por un capricho trágico del destino pueden malograrse.

Mientras, por todo Sarajevo corría la voz de que el Archiduque había entrado ya en la ciudad.

La muchedumbre se apresuraba, empujándose por las calles para contemplar el paso del heredero.

Se vió por las vías principales el automóvil que conducía a Francisco Fernando, con la marcha lenta a que obligaba la aglomeración de la gente.

El Archiduque, grueso, con anchos bigotes, tenía el gesto de un hombre confiado. El austero uniforme y el abundoso plumero sobre el casco de metal, causaban la admiración de las gentes sencillas.

Oíanse aplausos a su alrededor, unas veces ruidosos, otras veces tiernos, pero nunca unánimes.

En algunas ocasiones, un agudo silbido cortaba el aire con su estridencia hostil.

La familia del Archiduque percibíalo en ocasiones con la consiguiente inquietud.

Siempre había partido esta nota de hostilidad de un grupo de jóvenes servios apostado en un sitio estratégico.

Cuando el auto iba a tomar por una estrecha callejuela en que se apiñaba gente de pobre escala social—parte de ella de no muy buena catadura—, la esposa del duque advirtió a éste:

—Tengo miedo de ir por ahí.

—No importa. ¿Por qué?—contestó el heredero.

Al tiempo que eran dichas estas palabras, varios jóvenes de nacionalidad servia, con la más loca exaltación pintada en el rostro, abríanse paso entre el gentío.

Uno de ellos, con los ojos fulgurantes y la cara desencajada, iba más aprisa que los demás.

Al llegar a la calleja donde a marcha lentísima avanzaba el automóvil, su movimiento fué rápido e inevitable.

Abalanzóse al carro, puso un pie en el estribo y descargó varios disparos de su pistola sobre el Archiduque y sobre su mujer.

Originóse el revuelo que no se puede narrar.

Los guardias corrían de un lado

para otro, deshaciendo los grupos que encontraban a su paso.

Los de a caballo dispersaban con sus cabalgaduras a la muchedumbre.

Algunos servios eran ya apresados y golpeados por la fuerza pública.

Quienes habían podido observar a los verdaderos autores del asesinato, los señalaban con grandes voces y corrían detrás de ellos.

La princesa tenía doblada la cabeza sobre el pecho. El Archiduque dió un hondo suspiro y quedó inmóvil con la boca y los ojos muy abiertos.

En el mismo instante los perseguidores del asesino conseguían darle caza.

Arrollado y caído en el suelo, le maceraron, le tundieron a golpes, con los puños, con los pies, con los bastones.

Pudo escabullirse en un esfuerzo inaudito, para caer en seguida en poder de otro grupo.

Cuando por fin cayó en las garras de la policía, ésta le puso en pie al tiempo en que ya apenas le obedecían sus sentidos.

Tumefacto, tambaleante, desga-

rrados el traje y la camisa, los ojos casi ciegos, los labios colgantes y sangrientos, fué conducido en medio de las iras de la gente que todavía amenazaba.

Más tarde, el 28 de octubre, ejecutábase a seis de los servios que tomaron parte en el atentado. So-

bre otros siete recaía la pena de reclusión perpetua y los principales autores, Princip y Gabrinovic, que no tenían edad para podérseles condenar a muerte, iban por veinte años a trabajos forzados y morían de tuberculosis antes de cumplir la condena.

II

LA ROMANZA DE LOS DESERTORES

Entre el heno de la cuadra escondíanse Peter y otros dos compañeros, dispuestos a burlar la vigilancia de las autoridades húngaras para huir de incorporarse a filas.

Peter era muy querido en casa de Dushan, y la esposa de éste, Irina, demostraba por él gran ternura.

Irina penetró en el establo y al ver a Peter, saliendo cubierto de hierba, de un montón de heno, le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Voy a desertar. Esta misma noche tenemos que cruzar el río.

—Bien — repuso ella —, guar-

daos con gran precaución en vuestro escondite.

Y salió, aparentando tranquilidad.

Un brioso tropel de caballos levantaba entonces el polvo de la calle y venía en dirección de la casa de Dushan. Eran los apuestos dragones húngaros, con sus brillantes uniformes y sus cascós empenachados.

Uno de ellos, el que parecía mandar el pelotón, adelantóse hasta la cerca del jardín que rodeaba el palacete de Dushan.

Al contemplar desde lo alto de su montura a Irina, comprendió

TEMPESTAD AL AMANECER

que se hallaba ante la esposa de su gran amigo, la estupenda mujer de quien ya le había hecho el elogio.

En ese tono amable y galante del militar avezado a los salones tanto como a las marchas cabalgando, la dirigió su saludo:

—Tengo mucho gusto en conocer a la esposa de un antiguo amigo.

—Yo también — contestó la esposa de Dushan —. ¿Siempre viaja usted con guardia?

Evidentemente, a Irina no le hacía mucha gracia ninguna tropa de uniformes húngaros.

—Sí — contestó el capitán Petery, que no era otro el recién venido —. Sólo cuando se trata de asuntos de servicio. Estoy encargado de inspeccionar este distrito.

Irina torció el gesto y su mohín no pasó inadvertido para el capitán, quien, con verdadera inoportunidad, añadió:

—Comenzaremos por la caballeriza.

E hizo ademán de dirigirse hacia allá.

Ella se apresuró a atajarle:

—Los caballos buenos, para requisarlos, no están ahí.

En este momento llegó, con los

brazos alhelantes de echarlos al cuello de su amigo, y las expresiones ruidosas, el bueno de Dushan.

—¡Ah, gran bribón! — decía, mientras palmoteaba en su espalda —. Se necesitó la guerra para traerte por aquí.

En seguida le hizo con orgullo la presentación:

—Mi señora...

Esta advirtió a su marido, con el gesto algo grave:

—El capitán Petery ha venido de requisas. Su visita es oficial.

—Sí — dijo él, queriendo dar cierta ambigüedad a la cuestión —. A hacer la requisas de víveres para el ejército... buscar desertores... en fin... una simple formalidad.

El dueño de la casa no se inmutó ni poco ni mucho.

—Bueno, hombre — dijo —. Mi mayordomo te mostrará mis libros. Están balanceados hasta el último grano. Todo está franco para tu inspección. ¿No es verdad, querida mía?

Luego paró mientes en la puerta de la caballeriza, que, desusadamente, no se hallaba cerrada, y exclamó:

—¿Por qué han dejado esta puerta así?

Cerró con violencia, pero el capitán no perdió del todo el detalle.

—¿Qué decías de desertores? — preguntó Dushan, por hablar de algo.

—Que hay muchos. Y los servicios de aquí los ayudan a escapar.

—Geza — protestó Dushan —; te doy mi palabra de honor. Siento mucho que sufras en tu búsqueda una decepción.

—No es decepción, ciertamente, el no verse en el caso de tener que fusilar desertores.

Dushan dió otro sesgo a la conversación:

—¿Quieres que te enseñe una linda potranca?

Sabía la afición a los caballos de Geza, tan compartida por él, y el animal de que ahora le hablaba, era, en realidad, digno de contemplarse.

Pero, ¡oh coincidencia!, estaba alojado precisamente en la caballeriza, donde no era muy oportuna la visita del capitán.

Irina salió al paso de la situación:

—Tomaremos primero un vaso de vino.

—Una verdadera idea luminosa. ¡Estoy muerto de sed!

El ayudante del capitán, un dragón obeso y con rostro de buenísima persona, le advirtió:

—Tenga cuidado con el vino... Puede estar envenenado.

En amistoso grupo se dirigieron los tres hacia el interior. Eran realmente tres tipos dignos de interés, a quienes cualquiera hubiese deseado toda felicidad.

Dushan, con sus altas botas, su gorro servio de astrakan, la camisa siempre abierta en el pecho, tenía ese empaque de descuido de los hombres ajenos a toda afectación.

Su esposa, con el sol radiante acariciando su piel tersa, estaba más bella que nunca. Era una belleza la suya que saliese de la hermosura vulgar. Aunque sus rasgos servios, de línea depurada, no se apartaban mucho de los cánones de la belleza caucásica, la languidez de sus ojos rasgados, las cejas largas y finas, daban al rostro, a pesar de ella misma, un gran incentivo de sensualidad.

En cuanto a Petery, su juventud, su apertura y la gran atracción de su sonrisa, le deparaban cualidades

bastantes para llenar todas las aspiraciones de una mujer.

Dushan decía a Geza:

—No te voy a permitir que nos abandones otra vez.

—Quizás —atajó Irina—, el capitán Petery no quiera quedarse...

Mientras, afuera, oyóse un gran tropel de pasos, y, dentro de la casa, un revuelo de faldas atonadado.

Las bellas y numerosas sobrinas de Dushan se soliviantaban y apresurábanse a componerse los trajes y los peinados.

—¡Ahí están los dragones! — decían unas a otras con alborozo.

Su tío les recomendó:

—Recordad que sois sobrinas de Dushan Radovic... y no mozas de cocina.

Irina exclamó sonriendo:

—Es un caso de invasión...

—Garantizo que no os molestarán —aseguró Petery.

—Bien —intervino Radovic—; un vaso de vino y luego te llevaré a ver la potranca.

Y se dispuso a llenar una copa de Oporto.

—¿Solamente Oporto? — dijo

Irina. —¡Tu amigo merece Tokay de 1850!

Radovic no pudo menos de observar:

—Irina piensa en todo; siempre nos sale al encuentro.

Pero todavía era más extremada la precaución de ella, porque aconsejó a su marido, viendo que el criado iría a la bodega:

—Ve tú mismo. Stephan tardará más de una hora.

Dushan obedeció, y al quedarse solos Geza e Irina, aquél advirtióla, con una arruga honda sobre las cejas:

—Comienzo a sospechar de usted. Ardo en deseos de contemplar esa potranca de que me habló su marido. Vamos en un momento a ver esa joya.

—¿Sin Dushan? ¡Oh, él gozaría lo indecible mostrándole la yegua!

Después, como quien tiene una idea sin importancia, pero que desea llevar a la acción, dijo:

—Mire; aguárdeme aquí hasta que regrese.

—¿Dónde va usted?

—A traer unas manzanas para la potranca.

Mas no bien cerró la puerta tras de sí, encaminóse velozmente hacia

la bodega, al encuentro de Dushan.

Este llenaba con calma un jarro del vino Tokay.

Ella le echó los brazos al cuello.

—¡No dejes que vaya el capitán a la caballeriza!

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Peter y otros dos desertores están allí ocultos.

El semblante de Radovic ensombrecióse. Se erizó su bigote ralo:

—¡Y te atreviste a dejar que le diese mi palabra de honor!

Toda la excusa de Irina fué ésta:

—Soy servia. No lo olvides.

—¡Y esposa de un funcionario húngaro! — advirtió Dushan con acento inapelable.

Pero una mujer cuando sabe insistir, rara vez pierde el tiempo.

—No puedes permitir que los fusilen. Eres servio también.

El reflexionaba.

—En último caso no los entregare... pero no puedo ayudarles... lo he jurado.

—Lo mejor sería hacerlos salir del país.

Cuando regresó con toda precipitación Irina a reanudar su coloquio con Petery, éste le dijo con fina ironía:

—Tuvo usted muy buena idea al pensar en las manzanas. Pero... se ha olvidado de lo que fué a buscar.

—¡Qué olvidadiza soy!... ¿No es cierto?

Y quedóse azorada y pesarosa de haber cometido tal torpeza.

A su vez, regresaba Dushan de la bodega, y encontró a su paso, junto a la puerta de la estancia donde se hallaban su mujer y Petery, al mayordomo de la casa. Tenía cierta actitud de acecho, que extrañó un poco al confiado Radovic.

El mayordomo compuso su mejor sonrisa.

—¿Puedo serle útil en algo, señor? —le preguntó.

—Sí... ocupándose de lo que te incumbe... ¿Están listos los libros para el capitán Petery?

—Sí, en el acto.

Y se alejó con una amabilísima reverencia.

Dushan fué a la caballeriza a preparar la huída de los desertores.

Era un asunto enojoso, en que remordíale obrar a espaldas de su amigo Geza, y que deseaba terminar cuanto antes.

Les dió las instrucciones necesarias y les hizo esta advertencia, reveladora de su carácter:

—Que no se roben mis caballos... a menos que sea necesario.

—Dios le bendiga, señor! — contestaron los prófugos.

Entretanto, en el salón de la casa, sentada al piano, escuchaba Irina las palabras atentas, rozando el límite de la galantería, de Petery.

Para complacerle, aunque bien sabe Dios que éste no se lo había pedido, comenzó a teclear en el piano y a cantar con su hermosa y cálida voz una poética romanza.

Geza no podía apartar sus ojos de aquel rostro blanquísimos, de aquel cuello marmóreo.

Ella silabeaba una vieja canción:

*Labios como cerezas...
labios que hablan de amor,
labios que yo he besado en
la aurora de la vida...*

Labios que balbucean: seré leal...

Aunque era dulcísima la evocación de aquella melodía en el alma de Geza, éste la interrumpió:

—No necesita usted cantar más... Sus desertores están ya a buena distancia.

En efecto, durante la canción, fuera, los desertores se encaramaban a los caballos y se lanzaban al galope hacia la frontera.

El capitán, muy avezado a esta clase de ruidos, había escuchado las pisadas de las cabalgaduras.

Pero algo pudo más que su cometido oficial. Por una parte, la añeja amistad de Dushan, por otra... la naciente amistad con su mujer.

III

EN UN MURMULLO

Nuevamente los dragones del capitán Petery irrumpieron en la población donde regía la autoridad de Dushan. Esta vez ya de camino para el frente de combate.

Geza, radiante porque ya sentía deseos de acudir a batirse, encaminose a casa de su amigo.

La primera persona con quien tropezó fué Irina, que acariciaba una hermosa yegua de pura sangre con un potrillo de pocos meses al lado.

Era la potranca que en otra ocasión abstúvose Radovic de mostrarse.

Irina y Geza se saludaron no sin

que los rostros de ambos dejaran traslucir la emoción.

El animal hizo un gesto extraño al aparecer el recién llegado de pronto.

Sonrió Geza y dijo:

—No me extraña que esté asustado. Mi uniforme húngaro, quizás...

Cambió de tono y su voz velóse algo por la turbación.

—Ansiaba, Irina, que llegase esta hora... y también beber un vaso de vino.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo por mostrarse serena:

—Mi marido no está aquí...

TEMPESTAD AL AMANECER

Pareció él no escuchar aquella respuesta y se puso a contemplar la yegua.

—¡Nunca he visto un animal tan hermoso! ¡Qué brillante se ha puesto su piel en seis semanas! Hasta sus ojos se han puesto más dulces.

—Sí, además es muy buena. No es arisca cuando uno la conoce...

Mientras tenía lugar este diálogo, los dragones del capitán llamaban tumultuosamente a la puerta de la casa, entre risotadas y bromas de todo género.

Las sobrinas de Dushan corrieron de un lado para otro, entre asustadas y deseosas de encontrarse junto a los jóvenes componentes de la escolta de Geza.

El mismo dueño de la casa entró con ellos, con la risa bonachona de su inagotable hospitalidad.

—¡Adelante — les gritó —, cabezas de chorlito! ¿Qué queréis? ¿A que sé yo lo que deseáis? Un poco de fiesta y de música, ¿no?

Todo el nutrido pelotón penetró de un golpe. En su mayoría daban señales de haber hecho libaciones, para despedirse de la vida pacífica.

En el momento en que penetraban, la ya más que otoñal herma-

na de Radovic había salido, asustada con el estruendo, y encontrábase con su largo camisón de dormir —que, por otra parte, no dejaba mostrar ni el tobillo— delante de toda aquella tropa.

La carcajada fué unánime.

Ella se encaminó presurosa hacia la escalera, suplicando:

—¡Cerrad los ojos! ¡Cerrad los ojos, por favor!

—Venimos a despedirnos — dijo un teniente —. Saldremos para el frente al amanecer.

—Entonces — comentó Dushan.

—¿Habéis venido en busca de cena o de desayuno?

La fiesta se generalizó, organizada como cumple a unos muchachos que van a dejar todas las diversiones, algunos para no volverlas a recobrar.

Dushan sabía hacer bien las cosas. Un funcionario del gobierno húngaro y un amigo entrañable del capitán había de dejar un buen recuerdo en aquellos jóvenes defensores de la patria.

Hicieron su aparición los zíngaros con sus violines incansables y gemidores, capaces de dejarse arrancar tantas melodías como

rumboso fuese el dueño de la casa.

Sus pañuelos multicolores anudados en la cabeza y sus rostros sin rasurar, daban su nota pícara y andariega.

El vino prodigóse en cantidad desbordante, y cuando sonó la hora de ir a la mesa, una larga fila de sirvientes llegó al comedor con los brazos en alto, sosteniendo viandas de aspecto y olor incitantes.

Los dragones y las sobrinas de Radovic y todo el mundo, se lanzaron a la danza.

Era esa danza servia, a ratos lenta y otras veces vertiginosa, atizada por los violines y el canto de los zíngaros, que enardece a los naturales.

Todas las sobrinas de Dushan eran lindas; tanto las morenas como las rubias o las trigueñas.

Cada una había hecho duo con uno de los dragones, todos muy jóvenes también, y pronto cada pareja convertíase en un idilio fugaz.

En el barullo, alguno de estos idilios quedaba esquinado en un rincón y la animación, la fogosidad y la juventud, hacían su obra, aunque inocente.

Una morena de abundante pelo

negro, escuchaba, reclinándose en su asiento, los elogios encendidos de un muchacho casi limpio de barba.

Los grandes ojos oscuros de ella le envolvían ávidamente. Sus caras fuérsonse aproximando, las manos de él deslizándose por el talle, y por fin, todo se resolvio en un beso en que se confundieron aquellos labios que comenzaban a besar en la vida.

Otra rubia, corría persiguiéndola su pareja, y bien predisposta a dejarse alcanzar.

El sueño de muchas noches de las doncellas con los militares apuestos, tomaba realidad, aun cuando sólo fuese por una noche.

En el apogeo de la común alegría, Geza llamó aparte a Dushan.

En voz baja le advirtió:

—Han presentado una seria acusación contra ti.

Dushan palideció algo.

—¿Quién puede haber hecho eso?

—Tu mismo mayordomo.

—¿Y en qué consiste la delación?

—Te acusan de haber ayudado a los desertores.

Al amigo de Geza se le hacía difícil tragarse la saliva.

—Te explicaré...

El capitán conocía lo ocurrido y también la buena fe de Dushan en todo momento.

—Lo sabía; yo mismo los dejé escapar. Pero, cuando te di mi palabra, yo lo ignoraba—se sinceró Dushan.

—No lo ignoro, mas lo grave es que el informe ha pasado ya al comandante. Tengo orden de investigar.

Los dos quedaron pensativos. Geza meditaba:

—¿Qué haré?

Y su amigo repuso, con energía:

—Déjalo de mi cuenta.

* * *

El mayordomo de Dushan estaba en una dependencia de la casa con los demás criados.

Penetraron Radovic y el capitán y todos volvieron a ellos las miradas interrogantes.

Dushan cogió al mayordomo por la nuca con su férrea mano.

—¿Es esto de tu puño y letra? —le dijo, mostrándole el documento donde rezaba la denuncia firmada por él.

El mayordomo, amedrentado, chillaba como una comadreja.

Sabía cómo las gastaba su patrón al provocar en él la cólera.

Intentando defenderse con este argumento, exclamó:

—Yo soy leal al Gobierno.

Dushan contestó sin soltar su cuello:

—¿Qué se ha hecho de tu lealtad a esta casa a quien debes todo lo que eres? ¡Eres un embustero y un ladrón!

Y seguía apretando la garra.

—Además, has traicionado a los servicios.

Con la vista clavada en la del criado, obligóle a declarar:

—¿He escondido yo a desertores?

Aunque no muy perceptiblemente, movió el mayordomo la cabeza en sentido negativo.

Entonces el patrón extendió un documento ante él.

—Vas a firmar esto retractándote.

Y leyó en voz alta:

“La declaración que antecede es falsa... me desdigo, etc...”

El hombre, a viva fuerza, por cobardía, firmó la retractación.

El capitán, a quien en el fondo le era repulsivo aquel delator, dijo:

—Yo soy testigo de que confiesa haber mentido.

Una vez lograda la firma del documento, Radovic señaló imperiosamente la salida al mayordomo:

—¡Ahora, fuera de aquí cuanto antes!

Uno de los fieles servidores de Dushan, sujeto de anchos hombros y espesa barba cuadrada, ofrecióse por si era necesario:

—¿Quiere usted que lo ayudemos... a salir?

Comprendió el patrón de qué clase de ayuda se trataba e hizo un signo negativo.

En la fiesta que se celebraba en obsequio de los dragones, y que por momentos subía de animación, no se habían dado cuenta del incidente que dejamos relatado.

Y no era sólo a las muchachas a quienes se les aceleraba el corazón al contacto de sus galanes de una noche, ni a los mismos galanes, ebrios de licores y de sus pocos

años, que es un licor que por sí solo embriaga, a los que retozaba el gozo por el cuerpo.

El graso ayudante de Geza tenía el humor más fecundo y envolvía a la hermana de Dushan en incesantes zalemas.

Esta no creíase en el caso de ponerle muy buena cara, por lo menos así de pronto.

Pero seguía a todas partes y cuando la vió atareada ordenando los platos y las copas que rápidamente se vaciaban, la ofreció con gran solicitud:

—¿Puedo servirle de algo, buena mujer?

—No me llame buena mujer, ¿sabe?

El hizo un gesto condolido de haberse equivocado.

—Perdone el error.

Ella le escupió, como picada por tabaco:

—¡Cucaracha! ¡Desatento!

Mientras, Dushan, algo apartado con el capitán, del barullo, le decía con acento de absoluta sinceridad:

—Jamás olvidaré lo que has hecho por mí esta noche.

—¡Bah! — dijo sólo Geza, y le estrechó la mano cariñosamente.

Dushan levantó una copa y brindó:

—¡Por tu feliz regreso!

Al tiempo que esta escena, en que dos hombres enteros procedieron como tales, tenía lugar, se desarrollaba otra de sainete en el extremo del salón.

El obeso ayudante seguía tan zalamero como antes con la madura

hermana de Dushan. Acosábala con finas reverencias que fracasaban sin poder llegar a ser muy profundas, a causa del abdomen cuantioso.

En aquel momento le preguntaba:

—¿Me permite ofrecerle mi brazo?

La señora Radovic, púsose digna:

—Yo no bailo con soldados ordinarios.

No eran en, verdad, indirectas, sino palabras muy rotundas las que usaba, pero cuando el ayudante sentíase enternecido, no daba importancia a estas pequeñeces.

—Es que yo no soy ordinario —protestó.

—Eso está por verse. No basta que usted lo diga.

En otro lugar de la fiesta Irina tenía que habérselas con un teniente joven, tal vez el más joven del grupo, que pegajoso, con la obstinación de un niño testarudo, y algo dominado por los vapores del alcohol, mostrábase en extremo admirativo.

Ella le trataba casi maternalmente:

—¿No sería mejor que fuera a reunirse con sus amigos?

El continuaba, siempre dentro de la más perfecta corrección. Sólo formulaba un pequeño capricho.

—No deje que me vaya sin besar la uña de su dedo meñique.

Cogió con mucho cuidado los dedos de Irina, como si cogiese un frágil objeto de cristal, y tocándolos uno por uno, deletréo esa inocente relación que se conoce, con escasas diferencias, en casi todos los países:

—Este niñito compró un huevito...

Y doblaba uno de los dedos.

—... Este lo cocinó...

Y al llegar al meñique:

—Este picaroncito se lo comió.

Solamente rozó la uña sonrosada con los labios.

Sin ánimo alguno de reprimenda, pero por si fatigaba acaso a Irina la actitud insistente del muchacho, presentóse el capitán Peterby.

El oficial se puso en pie con todo rigor militar y cuadróse a la orden de su jefe.

Geza le preguntó:

—¿Desea usted ver a alguien?

—No... especialmente, a nadie.

Y, algo azorado, se retiró haciendo un último saludo.

Ya sin testigos próximos, se lamentó el capitán a Irina:

—Apenas ha hablado usted conmigo esta noche.

A lo que contestóle ella:

—Parece que las reuniones conspirasen para separar a la gente.

Continuó el diálogo de ambigüedades y evasivas, y por fin, con la voz más insinuante, habló él:

—¿Qué sucedería si yo de repente gritase: "Quiero estar contigo a solas"? ¿Recuerda el día que cantó eso?

Recordaba ella perfectamente, pero preferiría no recordar.

—Prefiero recordar otros días. Esos hermosos días poblados de pequeñeces... que deleitan los ensueños sencillos...

Geza concluyó:

—... y en que la simpatía se despierta antes de que uno se dé cuenta.

Irina dió un viraje brusco al diálogo:

—Dushan y yo somos muy afortunados... en tener un amigo como usted.

—Sí, mucha amistad, mucha ter-

nura... Debería haber hecho algo para defendernos de este sentimiento.

Fingió ella no entenderle bien.

—¿Hacer algo? ¿Por ejemplo?

—Colocar a una mujer en el camino.

—¡Oh! ¡Cómo le aborrezco, tan sólo al imaginarlo!

—Pues ha sucedido así... y la amo.

Entraban en la pendiente escabrosa; en la que obliga a que pálidezcan los semblantes y haga su obra de nervios dominados el desimulo.

—Está casada.

—¿Es servia?

—Sí.

—No se lo diga nunca, Geza.

Este silabeó:

—¿Ni siquiera en un murmullo?

—¡Ah! Los servicios son un pueblo trágico. Si la mujer se equivoca

ca al casarse, y el verdadero amor llega cuando ya es tarde...

Era el final de la pendiente, y, como pudo adivinarse, en el final aguardaba la confesión. "Llegar tarde", quiere decir que una cosa o un hecho llega... Y nunca llega nada que no traiga tras de sí el lastre de sus consecuencias y sus complicaciones.

Con oportunidad, porque la situación hacíase insostenible, vino al encuentro de ellos Dushan.

Traía el gesto de bondad de siempre. El gesto que desarmaba a todo el que pensase hacerle algún mal.

—Vine porque creía que estabas con uno de esos borrachines... y todo el mundo no es de confiar.

Sólo Geza, por lo visto, era el hombre digno de toda la confianza. Sólo aproximarse a Geza era inofensivo. Diríase que se obstinaba en acercarlos.

IV

LA GUERRA QUE MATA Y LA GUERRA QUE HIERE

El ayudante de Geza y la hermana de Dushan no tenían, claro es, estos problemas trascendentales.

El contentábase con una sonrisa de aquellos labios, no muy frescos ya.

Ella, al final, deponía su aridez y hasta le miraba tiernamente.

—Es usted más bella que cual-

quier jovencita—dictaminó el dragón veterano, con un aire muy serio de decir la verdad.

—¡Qué desfachatez! Bueno, venga a la cocina.

Allí, si no besos apasionados, pudo ofrecerle unas palabras dulces... y un dorado muslo de gallina.

* * *

Las horas habían corrido sin darse nadie cuenta de ello.

¡Era tan grato el júbilo de la fiesta! Los músicos tenían el aspecto

de no agotarse nunca y sus violines se hallaban dispuestos a no enmudecer.

Algunas veces hacia uno de ellos un ligero paréntesis para dar lugar a adueñarse precipitadamente de una confitura en los platos olvidados e introducirla en sus bolsillos. En seguida continuaba la melodía más romántica del mundo.

Si a cualquiera de los dragones o a cualquiera de las muchachas les hubieran preguntado cuándo dió comienzo la fiesta, hubiesen respondido que sólo desde hacía diez minutos.

Pero el momento triste se aproximaba sin piedad.

En la calle vibró, horadando el silencio de la noche, la llamada del clarín.

Las cabalgaduras piafaban en el empedrado.

Una voz sonó inapelable.

—Se acabó, muchachos. ¡Todo el mundo a caballo!

El capítulo de despedidas fué rápido, pero fogoso.

—Piensa en mí — suplicaba la morena del caudaloso pelo negro.

—En nadie más podré pensar— contestaba un acento frescamente varonil: el oficial Kamilo Rhocka.

—Acuérdate de mí — decía la rubia de los ojos pálidos.

—Llevo tu retrato en el corazón — contestaba Oksuna tambaleándose.

—Recuerda lo que me has dicho — recomendó la trigueña de piel suave.

—No lo olvidaré si no me matan — prometía el apuesto Mendhia, guiñando los ojillos detrás de sus lentes.

El obeso ayudante, cuando la tía de las muchachas le rogó que pensase en ella alguna vez, contestó:

—Así lo haré, siempre que haya gallina.

El joven teniente, incansable admirador de Irina, salía pasando los dedos de ésta con arreglo al recitado pueril:

—“Este niñito compró un huevito, este lo cocinó...”

—Solamente la punta sonrosada de su dedo meñique—rogó.

Y pudo rozar con los labios una vez más aquella uñita diminuta.

Pronto se hizo un silencio absoluto en la casa, y fuera no se oyó más que el chapotear de los caballos que se alejaban. Los bultos informes de los coraceros desapare-

cieron en la noche. Iban alegres al juego de la guerra, generosos de sus vidas y sin pensar que podían perderlas.

* * *

Los combates con los servios fueron emocionantísimos, pues, como advirtió Irina un día al capitán Geza, los servios son un pueblo trágico que pelea por lo que cree suyo y desdeña en absoluto el temor de hacerse matar.

El ejército húngaro, más disciplinado, no tenía fuerza bastante que oponer a aquel guerrillero irreductible de sus enemigos que estaban dispuestos a afirmar su soberanía en la comarca en litigio, o a morir.

Las bajas por ambas partes eran muy numerosas y largos trenes de heridos iban desde el frente al territorio húngaro.

La provincia de Bacska, donde era alcalde Dushan, pertenecía oficialmente al gobierno húngaro aunque poblada casi en absoluto de servios, y la población, y la misma casa de Radovic, en la propia fron-

tera, aguardaban ahora la nacionalidad en que definitivamente se les incluiría.

Por eso, la situación del marido de Irina fué siempre violenta y difícil de sostener. Hombre que hacía de la lealtad una religión, encontrándose obligado a ser fiel al gobierno como funcionario suyo, y a su sangre servía que constituía una realidad.

Por encima de todo, sin embargo, estaban dos sentimientos suyos: la amistad con Geza y el amor hacia su mujer.

Los convoyes de heridos sucedíanse y cruzaban por aquellos tranquilos parajes por donde nunca había pasado en una ráfaga así el espectáculo del dolor.

Varias señoras y personalidades de los pueblos donde hacía parada el convoy, visitaban a los heridos

para atenderlos y tratar de reanimarlos.

Irina no podía dejar de hacer lo mismo.

Claro que se trataba de húngaros, mas al ir su pensamiento a Geza... se hacía borroso el concepto de nacionalidad.

Y aun no siendo así, la juventud inútil, desangrándose o mutilada, ante su vista, era suficiente para conmover por sobre todas las consideraciones patrióticas.

Irina pasó ante los heridos distribuyendo algunos obsequios, alejando a todos con palabras amables y estrechándoles las manos con ternura.

De pronto oyó a su espalda que la llamaban por su nombre. Era, más que una voz, un soplo ronco y apagado.

Volvióse y vió al joven teniente que tanto la admiraba el día de la fiesta en honor de los dragones.

El rostro casi infantil del muchacho estaba transfigurado. Tenía una lividez amarillenta, los pómulos más acusados, hundidas las cuencas de los ojos.

Su respiración era tan fatigosa que apenas podía pronunciar una palabra.

Pero su mirada, a pesar de la neblina que la empañaba, descubrió prontamente la presencia de la mujer de Dushan.

Esta se apresuró a acercarse, profundamente conmovida, y con su más amorosa solicitud.

Le acarició la frente, húmeda de sudor frío, y las mejillas.

El lo agradeció con una mueca de satisfacción.

Pudo con esfuerzo inaudito coger entre las suyas temblorosas, la mano de Irina.

Entonces, con voz que parecía venir del más allá, ronquidos sordos, como los de una fragua que va a extinguirse, pronunció otra vez el memorable relato inocente:

—“Este compró un huevecito...”

Al llegar a la última frase, sus ojos se fueron agrandando y sucesivamente haciéndose de niebla, de humo, de vidrio. La boca dibujaba esa última mueca de máscara trágica. El respirar se hacía remoto, hasta un último resuello que ya sólo es el alma.

Irina puso sus labios en el rostro del moribundo y le besó, como si pudiese refrescar la fiebre mortal con boca húmeda y llena de vida.

Aquella sería la última impresión al entrar el muchacho en la muerte.

El gran dolor que produjo a Irina aquel incidente, exaltaba más su

ansiedad por la suerte de otro hombre. Otro hombre que, con arreglo a todos sus deberes, no debía inquietarla sino en los límites de la amistad.

V

TRIUNFO SERVIO Y DERROTA DE IRINA

También el capitán Petery fué herido en la lucha contra los servicios y llegó a temerse por su vida.

La esposa de Dushan vivió una temporada de constante ansiedad y de disimulada zozobra.

No lograba, o no quería, explicarse bien a veces, la clase de sentimientos correspondientes a estas inquietudes.

En ocasiones era la zozobra de la madre que teme por su hijo. A ratos la angustia de la novia que espera a su prometido, otras veces el sobresalto de la amante.

Todo ello en amalgama influía sobre el ánimo de aquella mujer

fiel a sus compromisos, que no quería dejarse derrotar.

Un buen día, por la calzada, camino de la casa de Radovic, oíase rodar un lujoso carro, tirado por un soberbio tronco de caballos vigorosos.

Dentro de él iban dos personas muy importantes para Irina: su marido Dushan y Geza Petery.

El primero traía el rostro radiante de satisfacción y el gozo inmenso de quien ha recobrado a un amigo.

El segundo, al descender del coche lo hizo torpemente, ayudado por Dushan, y luego caminó con

lentitud, apoyándose en una muleta.

Hallábase herido, ya convaleciente, y con el nuevo apego a la vida de quien ha traspuesto una crisis.

Irina vióles llegar. Su corazón latió con tanta fuerza que pareció el pecho incapaz para contenerle.

Pero no quiso afrontar la impresión de un encuentro tan rápido y prefirió retirarse para hacer un acoyo de todas las energías de su voluntad y reñir la última batalla consigo misma para intentar sobreponerse.

Lleváronla sus impulsos hacia donde hay que ir en las borrascas

en que naufragan todas las energías: a la invocación de Dios misericordioso.

En una pequeña capilla, arrodillóse para murmurar:

—Me lo has devuelto sano y salvo, gracias.

Y después otro ruego más. Porque siempre quedaba la necesidad de defenderse en su propia lucha.

—Protégenos... ¡Sálvame!

¿Quién puede salvar del amor al que ya ha sido alcanzado por él? Se puede luchar para que no llegue y ya es una lucha titánica, pero si se adueña de nosotros, los resortes humanos no son suficientes. Sólo el amor traerá el desenlace.

Pero ella no podía demorar por más tiempo el presentarse ante su esposo y el amigo de éste.

Lo hizo en una actitud que desde el primer instante no fué del agrado de Dushan: con la vista ba-

ja y simulando excesiva indiferencia.

Geza la saludó con gran afecto y Radovic creyó que iba a mostrar su mujer verdadero alborozo, ya que el mejor amigo de la casa re-

gresaba casi íntegro, después de haberse temido por su vida.

Ella sólo murmuró:

—Estoy muy contenta de volverle a ver.

El herido ensombreció también algo el gesto.

—Yo no quería venir—murmuró.

Dushan intervino, contrariadísimo por aquella frialdad:

—Nuestra casa es su casa. Ya lo sabes. Díselo así, Irina.

Esta ratificó secamente:

—Tú has hablado por los dos.

—¿Por qué te conduces así?—interrogó el marido—. Yo le había dicho que tú deseabas que viniera.

Se cruzaron unas cuantas trivialidades más, pero sin que llegara a recobrarse el calor, el afecto que Dushan deseaba y no había faltado nunca.

Cuando este último pudo encontrarse un momento a solas con su mujer, tenía un ceño autoritario, de marido que necesita imponerse, como no lo tuvo jamás. Estaba dispuesto a impedir la fría actitud

de Irina con respecto a la llegada del capitán.

—¿A qué obedece tu frialdad? —inquirió.

Ella no supo buscar evasivas más que en el prejuicio de nacionalidad, teniendo en cuenta la condición húngara de Geza.

Dushan le hizo observar:

—Yo soy tan buen servio como tú; pero mi amigo es mi amigo.

Y después, agregó, en tono enérgico, de orden:

—¡Muéstrate contenta de que haya venido! ¿Lo entiendes?

Una vez que se cortó este diálogo, fueron a encontrar a Geza, que tampoco tenía el mismo aire de cordialidad de otros tiempos.

Irina, con una precipitación de lección que se acaba de aprender, se dirigió a desagraviar a Geza:

—Me alegro de que vuelva a estar entre nosotros.

—¿Lo dice usted porque él se lo ha ordenado?

Ella cerró los ojos. Y ahora sí dijo la verdad:

—Me alegro de todo corazón.

Geza se había restablecido del todo y residía en la localidad como jefe militar, cargo que conferíale su nuevo empleo de comandante.

Desde luego, este cargo sedentario no satisfacíale ni poco ni mucho. Sentía la nostalgia de la vida activa en el escuadrón.

Aquella tarde se entretenía con Dushan contemplando la doma de los potros que algunos criados ejecutaban en su presencia.

Era un gozo para aquellos dos hombres tan aficionados a los buenos caballos, afición entonces dominante en el país, ver los animales jóvenes, plenos de sangre vigorosa, empinarse y saltar en esfuerzos de sus elásticas musculaturas.

Geza se lamentaba:

—¡Quién pudiera verse a caballo de nuevo!...

—¡Bah! — contestó Dushan—. Tienes bastante que hacer aquí, donde es tan necesaria tu actividad como en otro sitio.

—¿Por qué, por mi cargo de je-

fe militar? Lo que yo deseo es volver al frente.

Realmente, Dushan estaba encantado con que su gran amigo habitase tan próximo a él.

Su felicidad hubiera sido completa sin una preocupación que nublaba sus pensamientos.

Aunque llano y sin afectación, era inteligente y la actitud, el modo desusado de mostrarse de Irina, por fuerza tuvo que ponerle en guardia de algo inédito hasta entonces.

Cuando un hombre sin dobleces se halla en su estado normal, es decir, incapaz de sospechas ni malicias, no para la atención en nada de lo que pueda ocurrir en torno suyo, pero cuando llega a herirle el primer hecho, ya lo observa y lo analiza todo en sus más nimios por menores.

Cada vez le abatía más la comprobación de que su esposa no era, como suele decirse, la misma de antes.



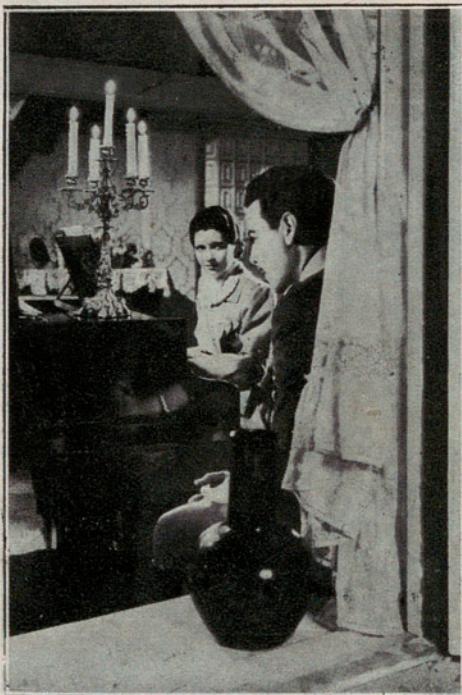
—Tengo la mujer más hermosa...



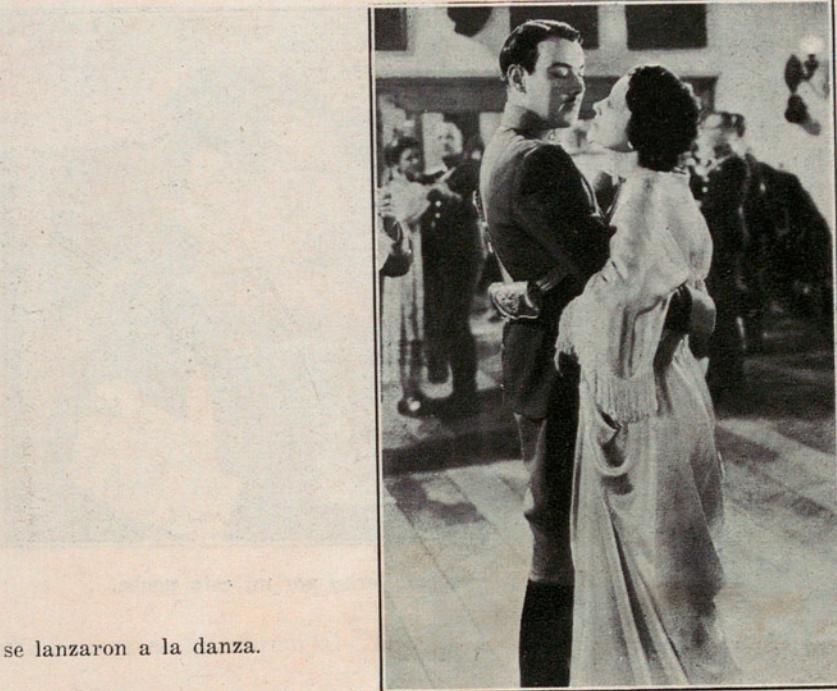
—No dejes que vaya el capitán a la caballeriza.



... fué a la caballeriza a preparar la fuga de los desertores.



—No necesita usted cantar más...



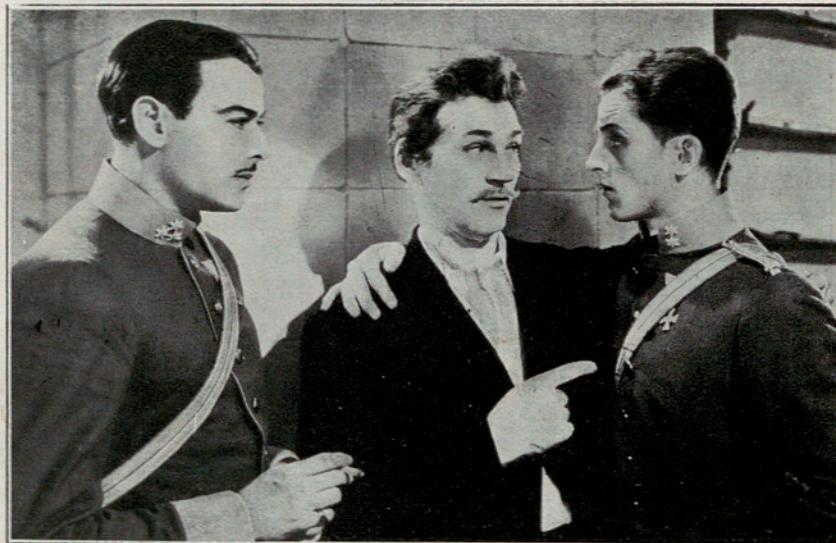
... se lanzaron a la danza.



—¿Es esto de tu puño y letra?



—Jamás olvidaré lo que has hecho por mí esta noche.



El joven teniente, incansable admirador de Irina.



—Ni siquiera en un murmullo?



También el capitán Petery fué herido.



—¡Muéstrate contenta de que haya venido!



—Por el bien de mis amigos es
por lo que debo irme.



Los labios trémulos, en ofrenda.



¿Había en aquella invitación la absoluta sinceridad de otras veces?



—¿Me amas?



Los dedos de Dushan enlazaron la garganta de Petery.

TEMPESTAD AL AMANECER

Hasta que, en una ocasión, no pudo menos de franquearse con su amigo.

Estaban los dos solos, en un momento propicio para las confidencias.

—Si tú pudieras decirmi, amigo Geza...

—Tú dirás...

—¿Qué le pasa a mi mujer?

Geza hizo un movimiento imperceptible.

—¡Hombre, qué cosas! Tal vez estará cansada.

—No... es más que eso, mucho más. Es todo un estado de ánimos.

—No creo que nada deba inquietarte.

Geza simulaba la mayor indiferencia.

Su amigo confesó:

—Me siento muy desgraciado.

Esta vez el gesto del comandante se acusó más, a pesar suyo.

Radovic continuó:

—Irina no me quiere.

—¡No hables así!

—Al menos no me quiere como yo la quiero. Algo o alguien se interpone entre nosotros.

Esta palabra *alguien* fué pronunciada con un tono muy marcado.

—¿Alguien? No debes alimentar ideas ni temores sin fundamento.

—Créeme que me da miedo preguntable si me ama.

Al expresarse de este modo no le faltaba razón a Radovic. Su mujer era un carácter muy entero, no obstante su feminidad, y si se viera conminada a responder concretamente a una pregunta de esta índole, no hubiese sabido mentir.

Siguió el hilo de sus zozobras Dushan.

—Sí, tengo miedo de preguntarle si me ama... porque si me dijese que no...

—¿Le darías su libertad?

Esta pregunta revestía suma importancia, toda la importancia para Geza. Sería la verdadera clave para acontecimientos futuros. Por eso aguardó ansioso la respuesta.

Y la respuesta fué:

—¡Qué sé yo! ¿Qué puede hacer un hombre cuando el mundo se desploma en torno suyo?

No tenían estas frases la concreción que deseaba el comandante. Su sentido indeciso dejaba abierta la duda a todas las conjjeturas, respecto al desenlace del drama, si las circunstancias se obstinasen en que tuviera lugar.

* * *

Poco más tarde, en un salón de la casa, otro diálogo se desarrollaba entre Geza y la esposa de Dushan.

Irina tenía ahora toda clase de atenciones para Geza, abandonada ya su fría actitud anterior. El notaba que esto venía a agravar los acontecimientos.

—No debe usted tomarse tantos afanes por mí. Yo no puedo menos de agradecérselo profundamente, pero una voz interior me dicta que me vaya de aquí.

—¡Qué locura! — exclamó ella.

—En mi condición de comandante debiera residir en la ciudad.

A Irina no le agradaba mucho la idea.

—¿Eso quiere decir que se ha cansado de sus amigos? — reprochó.

—Por el bien de mis amigos es por lo que debo irme.

—Sus amigos le aprecian cada día un poquito más.

La lucha en el alma de Petery

era de las que ponen a prueba el temple de un hombre. Sin la lealtad a su amigo, por mejor decir, sin la bondad de aquel amigo a quien no podíase traicionar, le hubiese costado poco trabajo cerrar los ojos y dejarse llevar por sus impulsos.

Pero tratábase de dos hombres que de la hombría abrigaban muy parecido concepto.

—Tengo que irme... y usted, mejor que nadie, comprende la razón.

Ella quiso asirse a un último adarme de voluntad:

—Sí, sí, no se quede... Quiero amar a mi marido.

Y luego, como justificación, esa pobre y endeble justificación que en estos casos no llega a justificar nada, añadió:

—Es tan bondadoso!

El gesto de Petery, que podía traducirse en un “quedamos de acuerdo”, no satisfizo del todo a ella.

—Déjenos saber de usted de vez en cuando—murmuró.

El fragor de la guerra se había apagado ya.

La lucha había sido muy reñida, y al fin, salió la nación servia triunfante de la empresa.

Toda la comarca donde se desarrollaran los acontecimientos apuntados, pasaba a poder del gobierno servio.

En los pasquines, en los bandos oficiales, en toda la prensa, se leían grandes titulares:

“Se declara el armisticio”.

“Se firma el tratado de paz”.

“Bacska vuelve a poder de Servia”.

Los húngaros habían peleado desnonadamente, pero la exaltación de los naturales, que siempre consideraron el problema de la provincia de Bacska, como un caso de invasión, no pudo ser dominada.

Los partidarios de que se restaurase el dominio servio no cabían en sí de gozo y celebraban el triunfo con diversas manifestaciones.

En cambio, la población húnga-

ra veíase en el trance de contemplar aquel regocijo con la cabeza baja y en una actitud pasiva.

Por todas partes ondeaban las banderas de la victoria, y en los campanarios se oía repicar con apresuramientos el bronce de las campanas.

Es lógico que el cambio de dominio traiga un trastuque de funcionarios.

El cargo de jefe militar de la localidad donde desarrollábanse estos sucesos, ya no podía permanecer en manos del comandante Petery, que después de todo no era más que un húngaro, y además, un activo combatiente contra la causa servia.

Y, aprovechando la circunstancia, el antiguo mayordomo de Dushan, hombre solapado y excelente vividor, había sabido hacer las suficientes gestiones y adornarse de las necesarias apariencias patrióticas para ser nombrado en sustitución de Petery.

Entre los designios de este suje-

to sinuoso, se hallaba, en primer lugar, el deseo de venganza contra la casa Radovic.

Panto, el nuevo jefe militar, era gran aficionado a los discursos patrióticos.

Aquel día, delante de un numeroso grupo que le escuchaba, hacía esta alocución:

—¡Camaradas servios! ¡Hemos luchado como corresponde a los hijos de nuestra raza! ¡Hemos llevado la guerra a gloriosa terminación!

—¡Muy bien, muy bien!—ofase en los grupos.

—¡Nos encontramos hoy, ciudadanos libres, bajo la bandera de nuestra amada Servia!

—¡Bravo!

—¡Ya no hay más soberanía que la nuestra! Ha llegado la hora de apreciar quiénes fueron los verdaderos patriotas y quiénes los que anduvieron remisos en defender la causa servia!

Todos estos propósitos tenían las pésimas intenciones que son de suponer contra personas determinadas.

* * *

En la dependencia de la Jefatura Militar, dos hombres, para los cuales la suerte no ha sido propicia, y para quienes la derrota húngara es su propio fracaso, meditan sin lograr resignarse.

Geza Petery y su ayudante hubieran dado unos años de su vida por que se hubiesen desarrollado los acontecimientos de otro modo.

La victoria servia les colocaba en la más falsa situación.

No dejaba de ocultárseles que sus cargos tenían contados los minutos, y mientras Geza rumiaba sus sinsabores en silencio, el obeso ayudante hacía de un modo cómico y ruidoso.

—¡Oh!—gritaba dando enormes pasos por la habitación—. Odio a

los servios y los servios me odian a mí.

—¿Oyes la música? — le dijo, irónico, el capitán.

—Sí; la oigo.

Y continuaba con sus reflexiones.

—No puede ser. Ambos no cabemos en el mundo. O ellos o yo estamos equivocados. O la tierra es para que habiten húngaros, o se ha hecho para sustentar servios. O ellos, o yo...

Cuando se conoció la orden de ser sustituido el capitán, al acudir éste a la oficina, encontróse con que su ayudante se dedicaba a quemar los documentos archivados en la jefatura.

—¿Qué haces? — preguntó Petery con asombro.

—Estoy quemando los documentos...

—Pero ¿para qué?

—Para cobrarme de que lo hayan echado de aquí.

—¡Vuelve esos documentos al archivo! — ordenó Geza, alarmado por las consecuencias que esto podía traer.

—Que se queden sin ninguna referencia.

—¿No comprendes que pueden

formular una seria acusación contra nosotros? Eres el hombre más ignorante que he conocido.

El buen subordinado de Geza vióse por primera vez tratado de aquel modo. Tanta impresión le produjo, que se le saltaban las lágrimas y tuvo que enjugárselas con su amplio pañuelo.

—Decid que soy un depravado, que soy aborrecible, un inmundo gusano de la tierra...

Petary en el fondo lo estimaba extraordinariamente y sonrió, condolido de él.

No tardó en presentarse el nuevo jefe militar y antiguo mayordomo y traidor de Radovic.

Venía radiante y ansioso de charlar a los que consideraba sus enemigos.

Adoptó el tono más digno que le fué posible y afirmó:

—He venido a relevar a usted de la administración. Tengo instrucciones del Gobierno.

Y después, con intención hiriente:

—¿Está el dinero allí?

El capitán le midió con una mirada de profundo desprecio.

Panto no se inmutaba por tan poca cosa.

—Regresaré pronto — dijo —. Y espero no encontrarlo aquí.

Dushan, que llegó entonces, quería quitar importancia a todo aquello, para reanimar el espíritu de su amigo.

—No lo tomes tan a pecho — le dijo, con toda su jovialidad.

Petery procuraba dominarse, pero, siguiendo su impulso, hubiese ahogado a aquel servio presuntuoso.

A Radovic le contestó algo desabrido:

—Ve a la catedral a dar gracias por la victoria.

—¡Bah! — repuso Dushan sin tomarlo en cuenta —. Estás muy contrariado. Te veré más tarde.

El ayudante, mientras, seguía en sus furibundos pensamientos de venganza.

De pronto, por lo visto, concibió una idea terrible, e hizo esta pregunta:

—¿Cuál es la pena por homicidio?

—La horca — contestó, terminante, el capitán.

El buen hombre reflexionó mejor acerca de sus propósitos:

—Creo que me arriesgo tal vez demasiado...

Y si abandonó sus proyectos de homicidio, no depuso por ello su rencor.

* * *

—¡Todos estos festejos por nuestra victoria... y usted aquí solitario!

Era la esposa de Dushan quien hablaba así.

Geza escuchábala pensativo, casi

sin atreverse a levantar la vista por no tropezar con la de ella.

Después de permanecer unos instantes los dos en silencio, Irina añadió en voz muy baja:

—¡Es tan terrible encontrarse solo!...

—¿Lo ha experimentado usted también?

—Sí, lo he experimentado. Aca-
so nadie lo sepa. Pero lo sabemos usted y yo.

—Ahora he de irme. Para en-
contrarme más solo, todavía.

—No hay nada que le incite a quedarse?

Fué lanzada esta pregunta como la que hace el juez al reo cuan-
do ya no hay más camino que el de una concreta declaración.

Geza la recogió para responderla también concretamente:

—Tengo miedo de estar cerca de usted. Esta es la única verdad.

—Sin embargo, lo ha estado has-
ta ahora.

Otra vez más el tópico patrióti-

co sirvió para encumbrir toda clase de sentimientos.

—Quería prestar servicios a mi patria...

Pero no pudo ocultar, aunque dándole categoría de secundario, el verdadero motivo.

—... y al propio tiempo quería verla de cuando en cuando.

Irina bajó los ojos.

—Lo comprendo... A mí me pa-
saba lo mismo... Deseaba oír si-
quiera su nombre o verle pasar por la calle...

Era toda una confesión.

Después de ella, ambos quedaron algo confusos. No es lo mismo sen-
tirse amados en silencio y tener la
evidencia de que el amor existe,
que dejarlo grabado en el aire con
unas palabras inequívocas.

VI

LLEVAME CONTIGO

Geza estaba decidido a no continuar en casa de Radovic ni un día más. El sesgo que iban tomando sus relaciones con Irina le atemorizaba y le hacía tenerse miedo a sí mismo.

Una voz interior, de las que no se logran acallar porque gritan cada vez con más fuerza, decíale que se estaba incubando una traición.

Por momentos hubiera deseado que el esposo de Irina tuviese momentos dudosos en su amistad. Que dejara de mostrarse en la plenitud de su hombría de bien. Que denotase por algún hecho, que no era tan

leal ni tan bondadoso como parecía, su corazón.

Porque, entonces, ya se atenuaría la responsabilidad de faltar un poco a los deberes de amigo. Pero así...

Al despedirse de Irina, ésta había perdido ya el control sobre sí. Abandonábase, sin fuerzas para permanecer asida a los prejuicios.

Tanto, que le dijo a Petery:

—Geza, llévame contigo... Te quiero tanto...

El cuerpo de él estremeciése hasta la última fibra.

—Me voy mañana.

Ella le envolvía en el ansia de

TEMPESTAD AL AMANECER

su mirada. Su pecho se acercaba al de Petery, jadeante. Los labios temblorosos, en ofrenda.

—Nos vamos mañana.

Y subrayó el "nos" con toda su alma.

Se aproximaron hasta tocarse los rostros, atraídos por esa fuerza física, inapelable, que nadie puede resistir.

Con el ardor de tanto impulso, largo tiempo contenido, se besaron en la boca.

Fué un solo instante en que Geza se dejó vencer.

Pero en seguida se rehizo.

—No, no es posible. No nos iríamos solos. Dushan estaría siempre en medio de nosotros. Entre cada beso... entre cada palabra. El se alzaría entre nosotros para gritarme a mí: "Soy Dushan, tu amigo, el mejor amigo tuyo", y para gritarte a ti: "Soy Dushan, tu esposo"...

Y terminó asegurando:

—Llegarías a odiarme. Y yo me odiaría a mí mismo.

Irina se inclinó bajo el peso de aquellos argumentos. Mas ¿no sería aquél proceder de hombre entero de Geza un motivo más para que su amor se hiciese más punzante?

Sin embargo, dijo, por mucho dolor que le causara:

—¡Adiós, Geza! ¡Jamás te volveré a ver!

Y era verdad. En aquel instante crítico, en el ánimo de uno y otro estaba separarse para no saltar por encima de sus deberes, y renunciar a todo, acallando, matando toda la rebeldía de sus corazones.

Pero antes de tener efecto esta separación llegó Radovic.

Antes de hablar, quedóse mirando de hito en hito los semblantes de los dos.

Una arruga vertical dibujóse en su frente, y un pensamiento fijo se clavó en su cerebro.

Mas, con todo, él mismo hacía esfuerzos inauditos por arrancarlo.

—¿Habéis estado discutiendo vosotros dos? — preguntó ante la turbación visible de ambos.

—No, mejor dicho, nada de importancia.

—Pero se trató de algo en que os apasionasteis, sin duda.

—¡Bah! No llegamos al apasionamiento.

—Pues cualquiera aseguraría que sí.

Irina, con la sutileza propia de

las mujeres, no tardó en hallar el pretexto. El patriotismo tendría nuevamente la culpa.

—Geza se siente hoy húngaro de una manera terrible. No hay modo de alegrarlo. Claro que hay que hacerse cargo de las circunstancias tan adversas para él...

Dushan tuvo, por el pronto, que admitir el pretexto.

Y todavía el deseo de que su amigo no les abandonase continuaba en su ánimo.

—No podemos consentir que te vayas.

Ella corroboró:

—Nos dejaría usted muy tristes. No tiene derecho a marcharse, tan de repente.

Geza creyóse en el caso de explicar:

—Tengo que ganarme la vida. Yo aquí no soy quien era. Es más, ya no soy nadie. Nada puede justificar mi permanencia.

—Puedes trabajar para mí— se le ocurrió a Dushan como idea salvadora.

—Es imposible—afirmó Geza rotundamente.

Para paliar la sequedad de tal afirmación, Irina dijo a su marido:

—El sabe que yo deseo que se quede.

Y la arruga vertical no se desfruncía en la frente de Radovic.

—¿Hablabais de eso antes de que yo viniera?

Luego clavó los ojos en los de Geza y éste no podía esquivar la mirada.

—¿Por qué estás tan excitado? Hay una causa, desearía saberla.

Entonces Irina, acaso sin pensar lo bien, decidióse a decir, con un tono de verse herida en su dignidad:

—Amigo Petery; parece que Dushan cree que usted y yo...

—¿Y por qué he de creer eso?

—atajó en seguida el marido—. ¿Por qué? Muchas cosas han pasado aquí.

Geza, realmente, podía alegar motivos de su excitación. Y así lo hizo.

—Acaban de echarme del despacho. He sido humillado. Y después... esa derrota de nuestras armas. Ponte tú en mi lugar...

Todo esto no era del todo rechazable, y el rostro de Dushan fué limpiándose de su ceño.

Precisamente aquella noche ha-

TEMPESTAD AL AMANECER

bía fiesta en la casa, por lo que recordó que su gran amigo no podía faltar.

—¿Le has invitado para esta noche?—preguntó a su esposa.

—¿Para esta noche?—se extrañó Geza.

—Sí—dijo Irina—; celebramos la fiesta de nuestro compromiso.

Geza no se abstuvo de inquirir con cierta mordacidad:

—¿Y también la victoria servia?

¿Había en aquella invitación la absoluta sinceridad amistosa de otras veces?

* * *

Ya sabemos cómo eran de animadas y cuál era la espléndidez de las fiestas en casa de Dushan.

Lo más importante de la población, todo aquel que en ella gozaba de algún relieve, acudía a pasar la velada.

La circunstancia de no haberse significado el dueño de la casa de una manera ostensible ni extremista, en favor de ninguna de las nacionalidades que acababan de contender en la guerra reciente, hacía que familias húngaras y servias acudiesen a sus invitaciones.

Nadie ignora que entre las amistades contraídas en la clase acomodada, aunque sean de mera fórmu-

la o protocolo, se observa una tolerancia que puede ser hipócrita, pero es elegante.

Algo de esto ocurría con los concurrentes aquella noche a la fiesta de Radovic.

No faltaba alguna broma de buen tono, cierta pulla que los más débiles, los húngaros en esta ocasión, asimilaban mordiéndose los labios.

Pero el respeto a Radovic, comúnmente apreciado, y, por otra parte, el no existir ningún deseo, de un lado ni de otro, de acibararse la velada ni la digestión, que sería laboriosa, tratándose de una comida a cargo de Dushan, eran ga-

rantía de la ausencia de toda escena desagradable.

En las mesas donde habíanse organizado partidas de juego para los que no querían lanzarse al baile, o entretenérse con la simple charla, el ambiente era propicio para bromear a propósito de las jugadas y a propósito de la situación política, de paso.

Dushan atendía a todo el mundo y visitaba los grupos de sus amistades.

—¿Cómo va esa partida?—preguntó en una mesa de jugadores.

—Los servicios ganan esta noche—le contestó un anciano de barbas blancas.

—Excepto los que pierden.

Este comentario, con aire misterioso, no pudo detenerse en los labios de Dushan.

Uno de los visitantes dirigióse a Irina:

—Está usted bellísima.

En efecto, no desdecía ella de su papel de reina de la fiesta.

El traje de noche, de raso reluciente, ceñíase a la escultura de su cuerpo y ajustaba la gran elegancia de su talle. Las caderas, así ceñidas, mostraban el alarde estatuario y justo de su comba firme y sua-

ve, y en el amplio trecho desnudo que dejaba el escote, se veía el alabastro impoluto de la piel y la iniciación de los senos arrogantes.

Todos contemplaban con simpatía aquel modelo físico de mujer y aquel modelo moral de esposa feliz y agasajada de su marido.

Nadie, por el contrario, sospechaba la tragedia que era un hervor en su pecho y la que agitábbase en el de Dushan, tan ecuánime en apariencia.

Un amigo, en tono de chanza y de admiración hacia Irina, le dijo:

—¿No se pone usted celoso?

Y Radovic, algo destempladamente, sin quitar la mirada de los ojos de su mujer, contestó:

—¿De qué he de encelarme?

A Irina le hirió profundamente que su esposo demostrara o diera a sospechar que existía algo anormal.

La fecha y la solemnidad que se celebraban no eran lo más a propósito para usar un tono que no fuese el de la más radiante alegría.

Ella se lo hizo notar así a Dushan, y le habló, aunque cariñosa, en tono de reproche.

Y él repuso:

—Sí, ya supongo que esperabas verme contento esta noche.

Irina afectó la más absoluta extrañeza.

—¿Por qué no has de estarlo?

—¿Por qué, dices?

—Claro, no ha ocurrido nada que pueda entristecerte ni justificar ese semblante sombrío.

—Deberías saberlo tú mejor que nadie—contestó Dushan, con cierto aire acusador.

Pero ya varios de los invitados observaban la escena y tenían fija la vista en ella.

Lo echó de ver Dushan y cambió su gesto por otro distinto, diciendo con una carcajada:

—Somos una pareja ideal... No tenemos secretos el uno para el otro.

En el comedor, un ruido grato de copas y cubiertos y un olor confortante del humo de las viandas, invitaban a acudir a la mesa.

En aquellos momentos trascendentales, una voz pronunció las importantes palabras:

—¡La cena está servida!

Todos, derrochando buen humor, dirigíanse en tropel hacia la mesa, prometiéndose una comida tan succulenta por sus manjares como sabrosa por la animación.

Los músicos aceleraban el sonido de sus violines, las mujeres reían de las ocurrencias de los hombres, y, un momento, habíase relegado al olvido el pleito servio-húngaro y todos los problemas políticos de Europa.

Parece que el destino reserve siempre para los instantes álgidos de momentánea felicidad, el cuello agorero de las noticias desagradables.

Ahora fué más que una noticia, fué una orden que llenó de zozobra a los dueños de la casa y que vino, por lo tanto, a marchitar en todo su apogeo la fiesta.

Punto, el nuevo jefe militar, hizo su aparición, satisfecho y henchido de importancia.

Todo el mundo quedó en silencio no aguardando nada grato de la visita y de la hora intempestiva.

—Siento molestaros —dijo ampolosamente—, pero se trata de asuntos políticos.

—Venga. ¿De qué se trata? —preguntó con sequedad Radovic.

—¿Me hace el favor de firmar esta orden de allanamiento?

—No tengo inconveniente, si es orden oficial. ¿A quién se refiere?

—A Geza Petery...

Palideció Dushan, pero fué aún más densa la palidez en el rostro de su esposa.

—¿Por qué quieren allanar la casa del comandante Petery?

Panto gozábase de su propio aplomo ante la actitud medrosa y vacilante de los que odiaba tan ahincadamente.

—Se busca algo que sugiera traición al Estado servio.

—El comandante está libre de esos cargos.

—Mis noticias son en absoluto contrarias a esa creencia. Hay seguridad de que han desaparecido documentos.

Luego trató de dulcificarse con redomada ironía:

—Para mí es sensible, lo mismo que para ustedes. Sobre todo, cuando estas cosas ya se sabe dónde van a parar: el Tribunal de Guerra... la ejecución...

Estas últimas palabras las dijo

sílaba a sílaba, sabedor del efecto que iban a producir.

Alguien tuvo que aunar todas sus fuerzas para no desvanecerse.

No escapó a Dushan la impresión de golpe de muerte que la amenaza producía en su mujer.

Y tampoco dejaban de causarle, las probables consecuencias de los manejos de Panto, verdadero dolor.

Luchaban encarnizadamente dentro de su alma dos sentimientos difíciles de avenirse: la piedad por el amigo en peligro de muerte, y el despecho por que ese mismo amigo pudiera inspirar una piedad excesiva a su esposa.

La decisión de otro hombre que no hubiera sido aquél, es fácil conjeturarla; vulgar y lógica en un caso de este género, colaborar, para que, si era posible, el adversario fuese suprimido.

Pero la grandeza del drama consistía, precisamente, en el recio espíritu de un hombre como Dushan.

PARA SALVAR A GEZA

Irina corrió en busca de su marido que se había retirado a las habitaciones interiores.

Bien pensaba ella que sería descubrir sus verdaderos sentimientos apelar desesperadamente a Dushan para ir en auxilio de Geza.

Sin embargo, lo único urgente, lo que era preciso no demorar ni un solo instante, aun cuando después fuesen unas u otras las consecuencias, había, por encima de todo, que realizarlo.

Si Petery caía en manos de sus enemigos, cosa equivalente a decir en manos de sus ejecutores, después, todo lo demás, todo cuanto aconteciese en el universo, carecería de valor.

Con acento suplicativo le rogó a Dushan:

—¿No vas a prevenir a Geza?

¿A prevenir a Geza, a proteger a Geza?, se decía Radovic. Pero es que alguien había tenido la generosidad de protegerle a él para impedir que llegara al trance de no verse amado de su mujer?

El caso se agrababa porque Dushan hallábase enamorado de Irina sobre todos los prejuicios legales. Ella era para él, toda la vida, toda la razón de existir, y sin el cariño suyo se consideraría como un pelele hueco que no tiene motivos para mantenerse en pie.

Al ruego angustioso que se le dirigía contestó, deseando pulsar has-

ta dónde llegaba la impaciencia de Irina:

—El capitán es inocente... me atrevería a jurarlo. Y, siendo así, no corre ningún peligro.

Ella no tenía duda de que el peligro existiese y de la suerte de Geza si era por fin apresado.

—Pueden forjar pruebas contra él—arguyó—. No le perdonarán, tanto si es responsable como si deja de serlo.

—Si le detienen sin cargo alguno, sufrirá unas molestias, y nada más.

—No, no, tenlo por seguro: lo que pretenden es matarle.

Dushan reflexionaba aún. Por fin dijo:

—Tal vez tienes razón. Acaso fuera mejor salvarle.

—Eso es, Dushan, eso es; salvalo. Haz enganchar un carro en inmediatamente.

Brillaban sus ojos de alegría como si hubiera obtenido lo más anhelado de su existencia.

El volvió a andar remiso:

—¿Qué prisa corre?

—Mucha.

—¿Tanta? ¿Lo crees así?

—Me desesperaría tener que reprocharnos la tardanza. Es nuestro

amigo entrañable. Es el hombre que tú más has apreciado...

Dushan se conmovió.

—Sí, en efecto; debemos evitarlo.

Todavía tuvo ella un nuevo prurito de precaución:

—Llévale un poco de dinero... Acaso le sea indispensable.

La respuesta de Dushan fué de las que caracterizaron siempre su espíritu generoso:

—Puede disponer de cuanto tengo.

Era conmovedora la actitud de él hasta el último instante.

Irina no pudo menos de exclamar:

—¡Qué bueno eres! ¡Gracias, querido mío!

Esto último le sonó a música divina.

—“Querido mío”... ¿Lo sientes así, de veras? ¡Me cuesta tanto trabajo alejarme de ti cuando te muestras cariñosa!

Y era verdad; él hubiera cortado todo aquel drama en esta última frase, y hubiera permanecido, sin pensar ya en otra cosa, degustándola toda su vida.

Pero la impaciencia de Irina podía más que estas consideraciones.

TEMPESTAD AL AMANECER

No logró disimular que el apremio de los minutos, cada uno de los cuales que transcurría podría ser el final trágico de Petery, era lo único que le interesaba.

—¿Por qué no traen el carro? ¿Por qué no está aquí? —dijo, taconeando con fuerza en el suelo.

—Acaba de ser dada la orden.

—No esperes más. Un momento puede echarlo todo a perder.

—¿Quieres que vaya a pie?

Y, súbitamente, ocurriósele una idea, que entrañaba indiscutible preferencia de su mujer por el amigo en peligro. La expresó así:

—¿Y si me sorprendiesen avisándole? Sería yo el castigado en su lugar.

Irina no quiso o no pudo contenerse:

—¡Oh, qué cobarde!

Aquel insulto a boca de jarro so-

bre un hombre de sereno y verdadero valor, cruzó el rostro como un golpe de fusta.

Además le dió la clave de lo que tanto temía.

—Ahora sí que estoy cierto. Tus palabras te denuncian a pesar tuyo. ¡Le amas!

En este instante en que Irina se encontraba moralmente descubierta, se presentó el criado.

—El carro está listo, señor.

Dushan cambió de decisión, inspirado por el despecho y la rabia:

—¡Ya no lo necesito!

Pero Irina ya no era dueña de sí. Sin más vacilaciones, decidióse a ser ella misma, si su marido rehusaba, quien corriese en ayuda de Petery.

—Tu estupidez le costará la cabeza, le costará la cabeza. ¡Ah!, pero, si Dios me ayuda, yo lo salvaré.

* * *

El coche, fustigados sus tiros por el anhelo y la impaciencia de Irina, corría locamente por los caminos.

La intrepidez y el temple de aquella mujer cobraban proporciones de desesperación. Ella hubiese querido unas alas mágicas para vo-

lar hasta la casa de Geza, o mejor, la velocidad del pensamiento.

Era el amor quien la prestaba energías y denuedo.

VII

EL GALOPE INFERNAL

Sin aliento, con la voz entrecortada, el color demudado, presentóse en casa del capitán.

Este quedó maravillado de verla llegar así, y acaso temió una fuga impensada del hogar conyugal, contra todo lo acordado entre ambos.

Echándose en brazos de él, le explicó:

—Vienen a registrar tu casa. Ha habido una denuncia contra ti y te prenderán con las peores intencio-

nes. No puedes perder un minuto, tienes que salvarte.

Geza preguntóle en seguida:

—¿Lo sabe Dushan?

Sólo le interesaba, a pesar del riesgo inminente de su vida, si su amigo sabía todo aquello.

Porque el auxilio que se le prestaba, viniendo de manos de Dushan, era aceptable, pero a espaldas de éste revestía el aspecto de la

TEMPESTAD AL AMANECER

²³ayuda, únicamente, de la mujer enamorada.

No tuvo mucho tiempo para hacer consideraciones.

Dushan, en otro carroaje no menos veloz, acudía también a su casa.

Entró en tromba, con el semblante contraído de ira, con los labios secos de dolor.

La primera pregunta fué tajante, sin preámbulos ni paliativos:

—¿Es tu amante?

Y señalaba a su mujer.

Y Petery contestó con todo su aplomo:

—Rehuso contestar a esa pregunta indigna de ti.

Entonces, a modo de una última prueba con que confundir a Irina y a Geza si no daba resultado, optó por abrazar a su esposa y obligarla a que le besase delante de Petery.

Si Geza no era más que un amigo común, nada podía importarle que extremara las demostraciones de cariño con Irina delante de sus ojos.

Atrajóla primero hacia sí.

—Ven conmigo, como buena esposa que eres. Estarás muy conten-

ta de ver que he corrido en pos de ti.

Ella no sabía si rehusar o dejarle hacer.

—Pero, Dushan, ahora no es el momento.

El insistió enardecidamente:

—Siempre es el momento. Cada minuto, si es verdad que nos queremos. Rodéame el cuello con tus brazos, bésame muy fuerte.

Ella se defendía con alguna resistencia.

—¡Por Dios! ¿Para qué? Ahora es otra cosa lo que importa.

Dushan hizo la pregunta conminativa:

—¿Me amas?

Ella no contestaba.

—Di, ¿me quieres? —gritó Dushan.

Ahora Irina bajó la cabeza y no tuvo valor suficiente para mentir.

Llameaban los ojos de Radovic. Al dogal de la duda había sustituido el hierro candente de la certidumbre.

—Entonces —exclamó—confiesas que le amas a él?

Tampoco obtuvo respuesta. La confesión, sin posibles componentes ya, estaba lanzada.

El se vió atacado por ese deseo

morboso del marido ante la infidelidad, que pretende informarse hasta el detalle más cruel, de la magnitud de su desgracia.

Encarándose con Geza, preguntóle:

—¿Cuándo fué tuya por primera vez? ¿Cuándo tricionaste mi amistad y mi confianza? ¿Qué día caisteis uno en brazos del otro?

La contestación de Geza fué dicha en tono solemne:

—¡Ante Dios que nos oye, jamás!

Dushan, entre la duda, vió un rayo de pueril esperanza.

—¡Ah!, ¿no? ¿Todavía no?

Y se gozaba en reconstruir el que creía proceso de su desventura:

—Pero, una caricia aquí... otra allá... un beso en la boca... otro en las mejillas.... todo el rostro y el cuerpo profanado.

Geza hacía gestos negativos.

Mas su amigo estaba ya fuera de sí.

—¿Puedes decir, puedes asegurar que no ha habido un solo beso?

Entonces el impulso animal se enseñoreó de Radovic.

Sus manos fueron garras y sus músculos tensión de ballestas. Era

llegada la hora de la lucha del hombre con el hombre.

Los dedos de Dushan enlazaron la garganta de Petery y hubo unos instantes de mutuo forcejeo.

Pero los miembros enjutos de Dushan eran más fornidos y sus manos de férrea dureza.

Al retroceder bajo el impulso del adversario, tropezó el capitán con el borde de una mesa y doblóse sobre ella por la cintura.

Lentamente, iba siendo abatido por los brazos de Radovic.

El criado de éste, el fiel mastín de anchos hombros y barba cuadrada, penetró dispuesto a ayudar a su señor.

A él le era indiferente la contingencia de la lucha, ni si necesitaba más bien auxilio el enemigo de su amo.

Levantó el grueso mango del látigo para descargarlo sobre la frente del capitán.

Irina gritó:

—¡Cuidado, Geza!

Pero el servidor imitó a su amo, al ver que éste deponía su actitud.

Fué aflojando sus garras, sus músculos fueron perdiendo tensión y su rostro recobrando una sombría serenidad.

TEMPESTAD AL AMANECER

Miraba, alelado, a uno y a otro, después de permitir que Geza se incorporase.

Sus brazos pendieron sin fuerza y su voz perdió toda la energía.

—¡Es inútil!—murmuró—. ¡No puedo recobrar a mi mujer ni a mi amigo... por la fuerza de mis manos!

Y una mueca dolorosa, pero sublime, de renunciación aparecía en su semblante.

Vióse pigmeo ante la enorme realidad de los hechos, impotente para reconstruir lo que constituía la razón de ser de su vida.

Y es que había llegado el momento en que muy pocos hombres saben llegar al triunfo más difícil: a la grandeza del sacrificio.

Irina comprendió que ya no era la hora de las evasivas, sino de las terribles verdades. Con voz angustiada, confesó:

—Le amo... pero nada hemos hecho de que debamos avergonzarnos. Nada que pudiera humillarte o ir contra tu honor. Le pedí que me llevara consigo, que nos fuéramos juntos... pero fué un proyecto fugaz. No pudimos resolverse por nuestro cariño a ti.

Entre sollozos continuó:

—Todo ha concluido ahora... El se va para siempre... y nada ha pasado que signifique tu deshonra.

Creía ella, sin duda, que por la razón de no haber ocurrido nada deshonroso podría tranquilizarse el ánimo de Dushan.

A éste no le faltaba la sensibilidad necesaria para comprender que no estriba todo en este crítico por menor; que si se ha perdido todo lo demás, esto sólo ha quedado incólume por una falta de decisión fundada en más o menos respetables prejuicios.

Con una profunda filosofía, Radovic observó:

—No me habéis dejado ni siquiera el derecho de perdonar.

Y luego vinieron los razonamientos del hombre dotado de verdadera entereza y lucidez:

—Os amáis... y yo no debo hacer aquí nada. ¿Qué gran cosa sería que yo me obstinase en conservarte conmigo? Por la noche, a mi lado, cerrados los ojos... estarás siempre pensando en él. Si te beso, tú besarás a él. Si me concedes una palabra amorosa, esa palabra

volará hacia su recuerdo. No hay manos que agarreten el pensamiento.

* * *

Se oyó fuera el ruido de caballos que llegaban.

Los tres, Geza, Dushan e Irina, enmudecieron, porque sabían bien quiénes eran los recién venidos.

Ahora, sin un milagro, sería inútil todo lo que se hiciera.

Los servios, azuzados por el jefe militar y por la certeza de que Petery era traidor a su causa, no perdonaría a su enemigo.

Fuera oíase la voz de Panto que daba órdenes a los soldados.

Antes de un minuto se encontrarían dentro, para prender a Petery, que, mudo, sin moverse, aguardaba con estoicismo el desenlace.

Irina, como si la sangre se hubiese retirado de sus venas, blanca y trémula, tenía los ojos dilatados por el miedo.

Sin dar tiempo a Panto para que penetrase, Radovic dijo de súbito:

—No os mováis. Aguardadme

to. No hay poder que arranque lo que vive en el corazón.

aquí. Yo sé lo que tengo que hacer.

Geza e Irina supusieron que saldría con ánimo de hacer las últimas súplicas a los servios.

Súplicas que, por otra parte, conocido el modo de ser y el rencor de Panto, serían completamente estériles.

Cuando iba el jefe militar a franquear la puerta, salió Dushan al encuentro de él.

Panto apreció en la primera ojeada, que Radovic no estaba en aquel sitio sino en calidad de confidente y trataba de apartarle del paso.

—¿Qué hace usted por aquí?—le preguntó—. Extrañas horas de presentarse en estos lugares. Y gran rapidez la que ha usado para venir.

Dushan mostró el rostro cómicamente contrariado.

—Sí... mi amigo. Yo también vine a toda prisa.

—¿Esperaba dar el soplo a su amigo húngaro?

—No, buen compatriota, no. Nada de eso.

—Pues de todos modos, no le salvará de que lo fusilen.

Y guiñó los ojos, saboreando de antemano la embriaguez del triunfo.

Después quiso abandonar todo género de contemplaciones, y exclamó en tono decidido:

—Basta, déjeme, tengo orden de registrar esta casa.

—Si tienes orden...

—Claro, y comenzaré por registrarle a usted.

Radovic compuso la cara del hombre más compungido del mundo.

—Hemos perdido el tiempo. La suerte se ha puesto en contra nuestra; el pájaro ha volado.

—¿Cómo sabe usted eso?

La sinceridad que fingía Radovic era suficiente para engañar al más avisado:

—Se me escapó por diez minutos.

—¡Qué lástima!—gruñó Panto, viendo con ira que se frustraban

por el momento sus planes. ¿Se habrá dirigido a la frontera?

—Sí, él... y ella.

Y Dushan hizo el gesto más acobardador y ridículo que hiciera jamás un pobre marido a quien se acaba de burlar.

Con las lágrimas a flor de los ojos, añadió:

—Yo también tengo mis razones para perseguir a los dos...

Panto lanzó entonces una grosera risotada:

—De manera que se han burlado de usted... los dos? ¡Ja, ja! ¡Cómo se la pegan a un hombre que se empeña en ser tonto!

La estratagema no estaba mal calculada, sobre todo para haber sido urdida en la inspiración de un momento.

Nadie puede dudar de la buena fe de un hombre a quien le quitan la mujer, ni nadie, y menos Panto, podía presumir que para salvar a un amigo podíase inventar tamaña ofensa.

El caso concreto, de ser cierta la desgracia conyugal e ingeniarse para poner a salvo al causante de ella, salía de todas las conjeturas de un hombre vulgar.

Dushan echó a Panto el brazo por la espalda.

—Los dos tenemos el mismo interés en que no puedan pasar la frontera.

—De acuerdo, no podemos perder un minuto.

—¡Los alcanzaremos y los haremos fusilar!—rugió Radovic furiosamente, como quien se ve agitado por deseos vehementes de venganza.

—Vamos allá!

Panto y Dushan montaron precipitadamente en uno de los carroajes.

—Los caballos son magníficos! —observó Dushan.

En efecto, formaban el tiro dos soberbios animales, de remos enjutos y nerviosos y pechos robustos.

Dushan fué quien tomó las riendas, ya que Panto sabía cuál era la pericia y la firmeza de aquél para llevar un tronco a todo galope.

Era el carroaje un coche de campo, de cuatro ruedas, pero más bien ligero.

Las riendas en las manos de Radovic, que parecía poseído por un rayo de locura, éste comenzó a azuzar a los caballos y a golpearlos

con el látigo, con verdadera desesperación.

Los animales, enardecidos, iban adquiriendo poco a poco, mayor velocidad.

Pero, no era bastante, no era bastante. Dushan los hostigaba hecho un energúmeno.

Entre el fragor de la marcha, Panto, riendo, le hizo observar:

—¡Es gracioso! ¡Usted y yo tras de su mujer y el amante de su mujer!

Una rueda montó sobre una piedra del camino y los dos hombres se dieron un violento encontronazo.

El pelo brillante de los caballos iba veteando de espuma.

Radovic dijo a su compañero:

—El amor es cosa peculiar.

Otro bache que a poco hizo salir a Panto del carroaje.

—¿No te parece?

—¡Creí que iba a tierra!—contestó, agarrándose con fuerza a Dushan—. Sí, es verdad, el amor vuelve loca a la gente.

Si aquel servio hueco y orgulloso hubiera sido algo observador, no hubiese dejado de notar un extraño designio en la actitud y en el rostro transfigurado de Dushan.

Pero los caballos ya tenían el

vértigo de la locura. Sus belfos espumearon y estaban dilatados sus ojos como si despidiesen ráfagas de fuego.

A cada curva del camino, el coche daba un coletazo y gemía como si se fuera a destrozar.

Panto, al principio, no quería mostrarse asustado por aquella carrera sin precedentes.

Pero, gradualmente, iba perdiendo su aplomo y dándose cuenta de que podían despeñarse si uno de los animales pisara una vez en falso.

Mientras descargaba un rudo latigazo, Dushan exclamó:

—Muchos hombres mueren por hacer feliz a su mujer.

Y en sus facciones hubo más muecas continuadas de risa, de furor y de demencia...

En el torbellino de la carrera inaudita, su acompañante no podía observar nada. Sólo asíase con todas sus fuerzas a los hierros del pescante para evitar ser despedido del carroaje.

—Usted no moriría así, ¿verdad?—le dijo a Dushan.

El viento cortó un instante la respiración de éste y no pudo contestar.

Las dos ruedas de un costado del

coche quedaron en el aire. Panto dió un grito. Pero el carroaje volvió a su estabilidad.

Entonces, Dushan, repuso a la pregunta:

—¡Oh, no... yo no soy de esos!

Los árboles, como fantasmas desmelenados, pasaban a los lados del coche. El viento era un azote implacable sobre los rostros de aquellos dos hombres que perseguían cosas tan diferentes.

Crujían todas las maderas del coche como si se hallara ya desvenecijado, y las piedras del camino eran despedidas a distancia.

El estrépito de las ruedas y los cascos de los caballos era ensordecedor.

Todo el bello paisaje de montañas en aquel paraje lleno de abismos y gargantas y precipicios, bailaba una danza ebria en las pupilas de los dos viajeros.

Aprovechando un paréntesis en que el polvo y el aire le dejaron respirar sin muchas dificultades, Panto suplicó:

—Los caballos no resistirán dentro de poco. No es posible, por muy fuertes que sean.

Su respuesta fué un grito triunfal, como si lo emitiese el conduc-

tor de cuádrigas de un circo romano, que espera obtener el galardón:

—¡Ah! Son los mejores caballos del mundo. ¡Ni el huracán, ni la muerte, corren más que ellos!

Mas el resuello angustioso de los animales denotaba que no podrían seguir mucho tiempo. Hallábanse cubiertos de sudor y resoplaban como si tuviesen un horno dentro del pecho.

El tronco de un árbol robusto rozó el flanco del carro. Unos milímetros más y se hubiera roto en astillas.

Panto cerró los ojos atemorizado al ver el choque inminente. Cuando vino a abrirlos, otro obstáculo le deparaba un nuevo sobresalto.

Un montón de piedras dificultaba el paso en medio del camino.

—¿No lo ve? —gritó—. ¿No lo ve? ¡Las piedras!...

—No es nada, no podemos entretenernos.

Dieron un salto en que diríase que el armazón de tablas y hierros se había partido en mil pedazos.

—¡Ah, si los viésemos al fin!—suspiraba Panto, queriendo ya que acabase la aventura de algún modo.

Dushan no contestó en un buen rato.

Luego dijo:

—Es notable: yo quiero agarrar a mi mujer... Tú quieras agarrar a su amigo.

No habíase extendido el eco de estas palabras cuando el coche bordeó un precipicio.

Fué un instante en que las dos ruedas de uno de los flancos quedaron en el aire, girando en el vacío y sólo milagrosamente pudo continuar la carrera, sin despeñarse los caballos por el talud.

Panto ya no podía contener su miedo. Si punzantes eran sus deseos de atrapar a los fugitivos— a los que él creía fugitivos—, la sensación de peligro físico e inmediato que entonces le asaltaba, podía más en su ánimo.

“¡Cómo se convierte en el más temerario de los hombres—pensaba, —el que va cegado por los celos!... ¡Este Dushan es un suicida!”

—¡Qué nos matamos!

Este grito lo profirió Panto, simultáneamente con un viraje del coche, que estuvo a punto de volcarlo.

Dushan dijo con voz estentórea

que parecía salir del pecho desgarrado de un loco:

—¡Veo que te estás volviendo inteligente! ¡Vas averiguando la verdad!

De pronto, al salir por uno de los recodos del camino, delante de ellos se mostraba la roca cortada a pico sobre una profundidad de muchos metros.

Era necesario tomar rapidísimamente la curva, para proseguir, sin desviarse de la trayectoria.

Dushan azuzó a los caballos en derechura al precipicio.

En el meteoro de aquel instante

mortal, Panto quiso apoderarse de las riendas.

Todo, árboles, montañas, cielo y nubes, giró en un primer plano confuso, en los ojos de ambos.

Los animales, locos, precipitáronse en el talud.

Un fragor de astillas rotas, de hierros, de resoplidos de los caballos, bajó dando piruetas, hasta el fondo del abismo.

Y fué aquel abismo hosco de la naturaleza salvaje, quien recibió amoroso al hombre que llevaba una tempestad dentro del pecho.

Así quedó enterrado el secreto de la abnegación de Dushan.

F I N

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre	Las tres pasiones.	La princesa se enamora. Honor entre amantes.
El gran desfile	Cristina, la Holandesita. Amanecer de amor.	Para alcanzar la luna.
Miguel Strogoff o el Correo del Zar	¡Viva Madrid, que es mi pueblo!	El hombre que asesinó.
La princesa que supo amar	Sombbras blancas.	(Ríndase!
El coche número 13	La copla andaluza.	Du Barry, mujer de pasión.
Sin familia	Los cosacos.	El prófugo.
Mare Nostrum	Icaros.	Milicia de paz.
Nantás, el hombre que se vendió	El conde de Montecristo	Amores de medianoche.
Cobra	Ángeles del infierno.	Miguel Strogoff o el Cuerpo y alma.
El fin de Montecarlo	Virgenes modernas.	El impostor.
Vida bohemia	El pagano de Tahiti.	Esposa a medias.
Zazá	Estrellas dichosas.	La hermana San Sulpicio.
¡Adiós, juventud!	La senda del 98.	Esclavas de la moda.
El judío errante	Esto es el cielo.	Petit Café.
La mujer desnuda	Espejismos.	Hay que casar al príncipe.
La tía Ramona	Evangeline.	La feria de la vida.
Casanova	Orquídeas salvajes.	El proceso de Mary Duncan.
Hotel imperial	El caballero.	Al Capone (Pánico en Chicago).
Don Juan, el burlador de Sevilla	Egoísmo.	Marruecos.
Noche nupcial	La máscara del diablo.	En cada puerto un amor.
El séptimo cielo	El pan nuestro de cada día.	Conoces a tu mujer?
Beau Geste	Vieja hidalgusa.	Mi último amor.
Los vencedores del fuego	Posesión.	Muchachas de uniforme.
La mariposa de oro	Tentación.	Marido y mujer.
Ben-Hur	La pecadora.	Mata-Hari.
El demonio y la carne	El beso.	Gente alegre.
La castellana del Libano	Ella se va a la guerra.	Mar de fondo.
La tierra de todos	Los hijos de nadie.	La llama sagrada.
Trípoli	El pescador de perlas.	La ley del harén.
El rey de reyes	Santa Isabel de Ceres.	La fruta amarga.
La ciudad castigada	Las dos huérfanas.	Vidas truncadas.
Sangre y arena	La canción de la estepa.	La fiesta del mar.
Aguilas triunfantes	El precio de un beso.	Indescriptible.
El sargento Malacara	La rapsodia del recuerdo	El pasado acusa.
El capitán Sorrell	Delikatessen.	Tarzán de los monos.
El jardín del edén	Del mismo barro.	El terror del hampa.
La princesa mártir	Estrellados.	La vuelta al mundo por Trader Horn.
Ramona	Cuatro de infantería.	Un yanqui en la corte
Dos amantes	Olimpia.	Douglas Fairbanks.
El príncipe estudiante	Monsieur Sans-Géne.	Chica bien.
Ana Karenine	Sombras de gloria.	Del rey Arturo.
El destino de la carne	Mamba.	El código penal.
La mujer divina	Ladrón de amor.	La pura verdad.
Alas	Molly (la gran parada).	Maternidad, o el derecho a la vida (fuera de serie).
Cuatro hijos	El valiente.	La Zarpa del jaguar.
El carnaval de Venecia	¡De frente,, marchen!	Los amores de José Morejica (fuera de serie).
El ángel de la calle	Prim.	El caballero de la noche.
La última cita	El presidio.	Arsène Lupin.
El enemigo	Romance.	La dama del 13.
Amantes	El gran charco.	Las peripécias de Skippy.
La bailarina de la Ope- ra.	Tempestad.	Amor en venta.
Moulin Rouge.	El dios del mar.	El pecado de Madelón Claudet.
Ben Ali.	Anne Christie.	El camino de la vida.
Los cuatro diablos.	Sevilla de mis amores.	Noches de Viena.
Ríe, payaso, ríe!	Horizontes nuevos.	Mamá.
Volga, Volga.	Ben-Hur (edición popular).	Eran trece.
La sinfonía patética.	El pavo real.	Cheri-Bibi.
Un cierto muchacho.	Bajo el techo de París.	Bésame otra vez.
Nostalgia!	Wu-li-chang.	Camarotes de lujo.
La ruta de Singapore.	Montecarlo.	Los hijos de la calle.
La actriz.	Camino del infierno.	La divorciada.
Mister Wu.	Mío serás!	El carné amarillo.
Renacer.	Aleluya!	El malo.
El despertar.	La mujer que amamos.	Honrás a tu madre.
La melodía del amor.	Al compás de 3-4.	Su última noche.

El azul del cielo.	Divorcio por amor.	El judío errante.
El monstruo de la ciudad	Corazones sin rumbo.	20.000 años en Sing Sing
El hombre que se reía del amor.	Corazones valientes.	Juérfanos en Budapest.
Susan Lenox.	Irusta-Fugazot-Demare (fuera de serie).	Milagro?
Mercado de mujeres.	Los tres mosqueteros.	Vivamos hoy.
Manos culpables.	(Los Herretes de la reina).	Odio.
La princesa se divierte.	Milady (2.ª parte de Los tres mosqueteros).	Los crímenes del museo.
La mano asesina.	Esclavitud.	El secreto del mar.
El rey de los gitanos.	La calle 42.	No dejes la puerta abierta
El sargento X.	Las dos huérfanitas.	Dos noches.
Los seis misteriosos.	Cabalgata.	La melodía prohibida.
Esta edad moderna.	Secretos.	El primer derecho de un hijo.
La novia de Escocia.	La feria de la vida.	Canción de Oriente.
Besos al pasar.	Una morena y una rubia.	La amargura del general.
El mayor amor.	Como tú me deseas.	Yen.
El expreso fantasma.	El relicario.	Bolíche.
Al despertar.	El amor y la suerte.	La vida privada de Enrique VIII.
El robo de la Monna Lisa (La Gioconda).	Una viuda romántica.	Fra Diavolo.
La edad de amar.	Salvada.	El padrino ideal.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

EL DRAMÁTICO ASUNTO, HABLADO EN ESPAÑOL S A N T A

(La tragedia de una mujer del arroyo)
por LUPITA TOVAR.

En preparación:

El sensacional asunto «FUERA DE SERIE» POR UN SOLO DESLIZ

Una lección a la juventud
Dada la índole del asunto, se edita FUERA DE SERIE.
Precio: 1 peseta

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!
EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAIGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

COLECCIONE USTED EL NUEVO ÉXITO DE
= Ediciones BISTAGNE =
LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

CHANDÚ (Fantasía oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.
EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.
NO QUIERO SABER QUIÉN ERES, por Liane Haid y Gustav Froehlich.
LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.
¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day y Wolfgang Klein.
PAJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.
LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebuhr, etc.
UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.
DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.
EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.
RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.
ABISMOS DE PASIÓN, por Jean Harlow y Walter Byron.
LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakelield, etc.
EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, etc.
EL HOMBRE QUE VOLVIO, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, etc.
SEIS HORAS DE VIDA, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
EL ETERNO DON JUAN, por Adolph Menjou, Irene Dunne, etc.
EL BAILE, por André Lefaur, Germaine Dermoz, etc.
MI CHICA Y YO, por Joan Bennett, Spencer Tracy, etc.

AVVENTURA DE UNA MUJER BONITA, por Lil Dagover, etc.
ALCOHOL PROHIBIDO, por Dorothy Jordan, Robert Young, etc.
ESTA NOCHE O NUNCA, por Gloria Swanson, Melvyn Douglas, etc.
EL PAÑUELO INDIO, por Caithleen Nesbitt, Emily Williams, etc.
EL HOMBRE DEL ANTIFAZ BLANCO, por Renée Gadd, etc.
LA PRINCESA DEL «5-10», por Marion Davies, Leslie Howard, etc.
ALMAS TORTURADAS, por Evelyn Brent, Conrad Nagel, etc.
ENTRE DOS CORAZONES, por Douglas Fairbanks, Jr., Rose Hobart.
PIERNAS DE PERFIL, por Buster Keaton, Jimmy Durante, etc.
EL MARIDO DE LA AMAZONA, por Elissa Landi, Ernest Truex, etc.
AMORES DE OTOÑO, por Luis Alonso (Gilbert Roland), Lew Cody, etc.
LA CONSENTIDA, por Carole Lombard, Walter Connolly, etc.
LUCHA DE SEXOS, por Fay Wray, Gene Raymond, Claire Dodd, etc.
UNA CLIENTE IDEAL, por René Lefevre.
DE CARA AL CIELO, por Marion Nixon y Spencer Tracy.
SOÑADORES DE LA GLORIA, por Miguel C. Torres, Lia Torá, etc.
MI DEBILIDAD, por Lilian Harvey, Lew Ayres.
LA MASCARA DE FU MANCHU, por Boris Karloff, Lewis Stone, etc.

Lujosa presentación - 8 interesantes fotografías
en papel couché. :-: Precio: **50** céntimos

COLECCIONE USTED EL NUEVO ACIERTO DE
= Ediciones BISTAGNE =
ÉXITOS CINEMATOGRÁFICOS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elissa Landi, Victor Mac Laglen, etc.
LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.
AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Barbara Stanwyck.
UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians, Hans Stowe, etc.
UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Ann Ondra.
JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Garon.
PARÍS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.
PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.
BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez, etc.
LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.
EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson, Loretta Young, etc.
CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.
CONDENADO, por Ronald Colman.
MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Mary Glory y René Lefebvre.
ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh, Anita Page, etc.
EL DORADO OESTE, por George O'Brien.
ENTRE DOS SUEGOS, por Joan Bennett y Ben Lyon.
LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron y Seena Owen.
SU GRAN SACRIFICIO, por Richard Barthelmess, Mae Marsh, etc.
TRAS LA MASCARA, por Jack Holt, Boris Karloff, etc.

TRES RUBIAS, por Ina Claire, Madge Evans, Joan Blondell, etc.
ENTRE DOS ESPOSAS, por Sally Eilers, Ralph Bellamy, etc.
AGUILAS HUMANAS, por Liane Haid, etc.
DESIILUSION, por Helen Twelvetrees, Eric Linden, Arline Judge, Cliff Edwards, etc.
LA CUEVA DE LOS BANDIDOS, por George O'Brien, Maureen O'Sullivan, etc.
NADA MAS QUE UN GIGOLÓ, por William Haines, Irene Purcell, María Alba, etc.
LOS HIJOS DE LOS «GANGSTERS», por Boris Karloff, Leo Carrillo, etc.
LA DAMA AZUL, por Joseline Gael, André Baugé, etc.
AMOR PELIGROSO, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
EL PARAISO DEL MAL, por Ronald Colman.
CARAS FALSAS, por Lowell Sherman, etc.
PROHIBIDO, por Conchita Montenegro, etc.
POLLY, LA CHICA DEL CIRCO, por Marion Davies y Clark Gable.
VIDAS INTIMAS, por Norma Shearer.
HACIA LA LUZ, por Marilyn Miller, etc.
SUBRE DE MARINO, por Sally Eilers.
LA PELIRROJA, por Jean Harlow.
TORERO A LA FUERZA, por Eddie Cantor.
LA FLOR DE HAWAII, por Marta Eggerth.
LA CASARSE, MUCHACHAS!, por Renate Muller y Hermann Thimig.
CON PASIÓN, por Fernand Gravey, Florelle.
TRES VIDAS DE MUJER, por Warren William.
SU UNICO PECADO, por Ronald Colman.
SI YO TUVERA UN MILLÓN, por Gary Cooper.
HUMANIDAD por A. Kirkland, Boots Mallory
QUEREMOS CERVEZA, por Buster Keaton.

Lujosa presentación - 8 interesantes fotografías
en papel couché. :-: Precio: **50** céntimos

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Exitos cinematográficos

Publicación semanal a base de películas de relieve - Ilustraciones en papel couché.

Precio: 50 cts.

Los mejores films

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché.

Precio: 50 cts.

El film de hoy

32 páginas de texto. - 5 Ilustraciones interiores.
Postal-regalo.

Precio 50 cts.

EL SOBRE SEMANAL y EL SOBRE DE CINE SONORO

Conteniendo una novelita de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

Cowboys y Detectives

Asuntos de emoción, completos, inmejorable presentación y excelente texto, a 15 cts.

Y LAS SELECTAS EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.
250 títulos publicados.

Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA



E. B.

Precio: Una peseta